



SIN AZÚCAR

DANIELA MÁRQUEZ COLODRO



Viento Joven

I.S.B.N.: 978-956-12-3183-2.

1ª edición: octubre de 2017.

Obras Escogidas

I.S.B.N.: 978-956-12-3184-9.

ISBN Edición Digital: 978-956-12-3229-7.

1ª edición: octubre de 2017.

Ilustración de portada

Collage compuesto por Juan Manuel Neira
en base a imágenes de www.shutterstock.com

Editora General: Camila Domínguez Ureta.

Editora Asistente: Camila Bralic Muñoz.

Director de Arte: Juan Manuel Neira Lorca.

Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

© 2017 por Daniela Márquez Colodro.

Inscripción N° 283.364. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de edición reservados por

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono (56-2) 2810 7400. Fax (56-2) 2810 7455.

E-mail: contacto@zigzag.cl / www.zigzag.cl

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

Índice

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV

Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI

Agradecimientos



Activar Windows
Ir a Configuración de PC para activar Wi

*Para mis padres, Antonio Márquez
Allison y Tita Colodro Hadjes, con amor.*

En memoria de Orieta Herrera Noriega.

*No camines detrás de mí, puedo no guiarte.
No andes delante de mí, puedo no seguirte.
Simplemente camina a mi lado y sé mi amigo.*

Albert Camus

I

Había olvidado lo dulces que eran las manzanas rojas. Y esta tarde, entre mordisco y mordisco, recién lo recordé. No sabía si porque en el verano estuve a punta de sandías y duraznos, y esta era la primera manzana del año, o si realmente era una fruta muy dulce.

El dulzor de la fruta es lo más parecido al azúcar que puedo comer. Y es que sí, soy diabética. Me llamo Ema, tengo once años, y a los nueve tuve que aceptar que mi cuerpo no producía insulina. Me encantaría decir que soy una niña como cualquier otra, pero en realidad llevo una de esas vidas que giran en torno a la medición de la glicemia, que es el azúcar en mi sangre; a las inyecciones de insulina, y a la dieta, que es la base de mi existencia y, créanme, de lo más aburrida que hay. Pequeñas porciones de comida seis veces al día, control total sobre masas y grasas, y una vida sin azúcar, pero no desabrida.

Mi mamá se ha dedicado estos años a cuidarme y a realizar todo el proceso que viene incluido con mi enfermedad. O sea, mide mi glicemia al despertar por la mañana y luego me inyecta la insulina, operación que se

repite sagradamente cada noche antes de mi última colación. Ella pincha una de las yemas de mis dedos con una lanceta para conseguir una gotita de mi sangre, que depositamos en una cinta reactiva a la espera del resultado, rogando que el azúcar en mi sangre no supere el límite normal. Si eso ocurre, significa que estoy pasada y que hay que controlar la dieta. Acto seguido, me inyecta la dosis de insulina. Lo sé, una tragedia. Pero si sirve de consuelo, al menos no soy la única. Somos varios millones en el mundo los que padecemos la conocida diabetes tipo 1. De hecho, Nick Jonas también la padece y tiene una vida muy entretenida. ¡Hasta formó parte de un grupo musical exitoso junto a sus hermanos, los famosos Jonas Brothers! Y bueno, yo soy una de sus fans.

Mis padres son Gloria y Carlos. Tienen una tienda de ropa de niños en el Apumanque que lleva mi nombre y funciona de lunes a domingo. No tuvieron más hijos, por lo tanto no tengo hermanos. Soy hija única. Sí, también lo sé. Fome, fome. Cuando me diagnosticaron la enfermedad, optaron por cerrar la fábrica de hijos para poder cuidarme.

Pero no me quejo tanto. No tuve hermanos, es cierto, pero la vida me regaló una hermana especial: Yan Zi, mi vecina de toda la vida y mejor amiga. Hija única de los Huang, un matrimonio de chinos que se vino desde Beijing a vivir por un año a Chile cuando ella tenía pocos meses de nacida, y que se quedó para siempre porque ambos se enamoraron de Santiago.

En China el apellido que se usa es el paterno, y antes de los nombres. Mis vecinos son los Huang. Huang Zu Shou es el papá de mi amiga. Y ella, en realidad, se llama Huang Yan, pero cariñosamente le dicen Yan Zi, que es algo así como Yanita, que en chino significa hermosa. Y a pesar de que es un año mayor que yo, medimos casi lo mismo y ni se nota la diferencia de edad. Ambas nacimos en abril. Yo el veintiséis y ella el veintisiete, por lo

que somos del mismo signo del zodiaco: Tauro, aunque no somos el mismo animal en el horóscopo chino, por la diferencia de años. Ella es Tigre y yo, Conejo.

Los Huang viven en la casa contigua a la mía, en un pasaje tan tranquilo como aburrido donde, aparte de nosotras, no hay más niños. Mi familia y los Núñez tenemos las dos casas del fondo; los Huang, la inmediatamente siguiente; y las demás se reparten como en todos los pasajes, en dos hileras, frente a frente. Nada especial.

Las ocho casas del pasaje son iguales, de un piso, con antejardín estrecho y patio trasero no muy amplio. Cada una tiene su entrada de autos a un costado, que termina al fondo en un muro con ventana que corresponde a la cocina, por lo que solo cabe un auto. Y todos, salvo los Rodríguez, la mantenemos pintada de color blanco y con persianas de madera barnizada. En cambio, ellos la tienen pintada de rojo, con persianas de color blanco. Son los únicos, y también cambiaron completamente el techo. Eliminaron las tejas originales y en su lugar instalaron unas planchas grises, que luego pintaron de rojo colonial.

Vivir en Estación Central puede parecer ruidoso, ya que estamos a un paso de la gran Avenida Libertador Bernardo O'Higgins, conocida como Alameda, pero es de lo más entretenido que hay, porque puedes ir caminando a un montón de lugares, como el Persa Estación, a un costado de la estación de trenes, donde encuentras muchas tiendas de ropa, zapatos, accesorios y todo lo que quieras. Igual que en la famosa calle Meiggs, donde van los comerciantes a comprar en grandes cantidades y a muy bajo precio, para después venderlo en los malls del barrio alto al doble o al triple. Pero el mall chino es lejos el mejor lugar para comprar lindo y barato, además de pasar una tarde divertida y diferente. También puedes ir

al cine del Paseo Estación Central, o ir a pasear a la Quinta Normal y visitar sus museos... el Artequín es mi favorito. Me encanta mi barrio.



Activar Windows

Ir a Configuración de PC para activar Windows.

II

Mi amistad con Yan Zi ha sido un regalo para mí, y estoy segura de que ella siente lo mismo.

Los Huang son muy cariñosos. Al tío Huang Zu Shou lo llaman Zu Shou en su casa porque es más informal. Trabaja en una compañía internacional de telecomunicaciones. Es un hombre alto y delgado. Siempre viste camisa blanca, pantalón y chaqueta azul marino. Nunca lo he visto de gris, café o negro. Solo de azul marino. Lo suyo es la escultura en madera. Se pasa todos sus ratos libres con sus gubias desbastando y esculpiendo pequeños trozos de madera con los que realiza diminutas figuras que luego va sumando a su gran obra maestra instalada sobre un largo y angosto mesón, a un costado del living. Se trata de un tronco de peral, cortado a lo largo como un pan baguette, tallado como si fuera un pueblo en miniatura, con casas, calles, árboles, carretas, faroles, cerros, mujeres, hombres, niños y ancianos. Como un mundo dentro de un árbol. Lo empezó cuando llegaron a Chile, y durante todos estos años se ha dedicado con mucha paciencia a darle vida. Lo hace en silencio, sentado en la mesa del comedor, sobre un paño que desenrolla, donde guarda sus herramientas y su delantal. En

absoluto silencio.

Cuando era más chica, me quedaba largo rato mirando todo ese minimundo. A veces estiraba alguno de mis dedos índices para tocar algo, una cabeza, el techo de una casa, lo que fuera. Pero a escondidas, claro. Tío Zu Shou habla poco y sonríe mucho. Eso me gusta.

La mamá de Yan Zi se llama Wang Rui Kun, es dueña de casa y todos la llaman Kun Zi, de cariño. No es más alta que yo, y es muy delgada. Seguro usa talla treinta y cuatro.

Yan Zi y yo usamos el pelo hasta los hombros, aunque el mío es castaño claro y ondulado y el de Yan Zi, liso y oscuro. Nos encantan los cintillos y coleccionamos una gran variedad: de plástico, forrados en géneros lisos y estampados, con cintas de diversos colores, con aplicaciones, brillos y flores; los compartimos siempre. Ella tiene los ojos oscuros y tan rasgados que a veces me pregunto si vemos las cosas de la misma forma. Cuando sonríe muestra unos dientes diminutos y chuecos que la hacen ver tan especial. Y aunque su español es bastante fluido, tiene esa dificultad para pronunciar las erres tan graciosa. No asistimos al mismo colegio, pero todas las tardes, desde pequeñas, nos juntamos a jugar, a hacer tareas, a estudiar y a conversar, ya sea en su casa o en la mía. Aunque a Yan Zi le gusta más venir a mi casa, porque en ese horario se sirven las onces, costumbre que en su cultura no existe. Por lo tanto, pasamos las tardes haciendo tareas en la mesa de la cocina, entre tostadas con palta, mermelada light o quesillo y leche descremada con sucalosa que nos prepara Guacolda, mi nana de toda la vida.

Activar Windows
Mi turno llega con la comida, que se sirve puntualmente a las siete en casa de los Huang y que, por lo general, viene tan variada como entretenida. A esa cena me dejo caer yo, y tía Kun Zi se esmera en tenerme una

alternativa muy verde que no contenga demasiados carbohidratos, aunque sabe que los adoro. Cómo decirle que no a esos tallarines de arroz y las *jiao zi*, las mejores masas rellenas con carne molida de cerdo o de vaca, que suelen ir en casi todas las sopas. ¡Imposible! Entonces, ella me echa solo unas pocas, para que no me quede con las ganas. Jamás agrega a ese plato especial nada que resulte demasiado dulce para mi dieta.

Mientras cenamos, los tíos conversan siempre en chino, pero con nosotras lo hacen en un español de lo más gracioso. Comemos en pocillos de cerámica blanca con diseños en azul y usamos palillos de bambú barnizados y con dibujos, que manejo a la perfección desde muy pequeña gracias a los Huang. Ellos son parte de mi familia, así como nosotros lo somos para Yan Zi.

Aunque las casas son prácticamente iguales, la decoración de la suya es mucho más simple que la de la nuestra. Paredes blancas y limpias, muebles sencillos, sin alfombras ni lámparas. De vez en cuando te topas con unas láminas de papel con imágenes de chinos o chinas rodeados de flores y bambús, y en el pasillo con uno que otro colgante para la suerte, siempre en color rojo. No tienen la costumbre de enmarcar fotografías ni de comprar óleos para llenar muros, como en mi casa. En la cocina destaca un largo mesón con muchos artefactos y condimentos chinos: una máquina eléctrica arroceras en la que preparan un arroz sin sal y sin aceite, que usan como base para comer con los guisos que prepara tía Kun Zi, y que viene a ser algo así como nuestro pan; inmediatamente al lado hay una especie de calentador eléctrico, un cuadrado negro que por lo general ponen al centro de la mesa los días especiales en los que preparan *huo guo*, una sopa muy contundente con bolas de carne de pescado o de cerdo molida, variados tipos de verduras, algas, raíces, patas de gallina precocidas y papas en rodajas que se van cocinando lentamente y de la que todos se van sirviendo; y por último,

una bandeja en la que se acumulan frascos de diferentes tipos de aceites, vinagres, soyas y salsas, y unos sobres con polvos que supongo le dan ese sabor especial y único a sus comidas, y que la tía va echando cuando saltea carnes y verduras en el wok con gran maestría. Verla cocinar es un maravilloso espectáculo.

Tía Kun Zi jamás sale a la calle sin su sombrilla de tela y encaje en color blanco y mango de madera para protegerse de los rayos del sol. Y como la piel del rostro al parecer es lo más importante para ella, y la suya es tan blanca que parece de porcelana, cada mañana la unta con crema a base de baba de caracol, para además de quitar las manchas, regenerarla y protegerla. ¿De qué? No sé. Pero para ella esa crema es toda una maravilla de la naturaleza. Tanto así, que al menos cada dos o tres meses llega una camioneta con varias cajas de esas cremas, las que manda a Beijing, para sus amigas y familiares. Se depila tanto las cejas que juraría que no le queda ningún pelo, porque he visto que se las delinea con un lápiz de punta muy gruesa y color oscuro, parecido al de su pelo. Por lo general, usa pantalones de buzo que no combinan para nada con las poleras y los sweaters que se pone. Nunca la he visto con jeans, y salvo algunas patas que usa con blusones sueltos en verano y con chombas gruesas en invierno, su ropero es de lo más sencillo. Tiene la costumbre de usar pantuflas prácticamente todo el año, menos cuando sale de paseo al mall o a casas de amigos chinos de la misma empresa para la que trabaja tío Zu Shou. Entonces, usa botas o sandalias, según la estación en la que se encuentre. Ahora, si tienen alguna celebración o cena importante, ambos se arreglan muy bien. Ella, con zapatos de vestir de algún color fuerte, rojo o azulino; algún vestido elegante y por debajo de la rodilla, siempre con aplicaciones y lentejuelas bordadas en la tela, y aros. Muchos aros. Siempre distintos, llenos de brillos. Parece una modelo china. En esas ocasiones se ve tan hermosa que

con Yan Zi quedamos boquiabiertas, le tomamos fotografías y le hacemos todo tipo de halagos. Él usa un traje azul marino, como los de siempre.

Por las tardes, mientras Yan Zi está en mi casa, tía Kun Zi practica un tipo de yoga a pies descalzos y sobre una colchoneta delgada de goma, con música relajada que baja de Internet y que alcanzamos a escuchar desde mi pieza. Alrededor de las seis de la tarde, cuando comienza a cocinar, los olores viajan desde su cocina hasta nuestras narices, y es cuando comprendemos que ya es hora de terminar de estudiar y de partir a casa de los Huang a poner la mesa. Por lo general, Guacolda come sola o espera a mis papás, que llegan pasadas las nueve y media. Ese tiempo lo aprovecha para ver la teleserie de la tarde. Es que lo suyo son las “comedias”, como las llama ella. ¡Y le gustan todas! Venezolanas, mexicanas, turcas, brasileras, colombianas y chilenas, por supuesto. La cosa es tener una excusa para llorar. A veces me pregunto si Guacolda entenderá que esas personas no son reales. Seguro que no. Y no digamos que ella es una mujer dulce y delicada. Para nada, es una sureña de esas con personalidad, acostumbrada a acarrear leña y a encender fuego cada mañana en la cocina de su casa en Lanco, una comuna que queda en la provincia de Valdivia. Tiene veintinueve años, es alta y gruesa, y su tono de voz es bastante grave para ser mujer. De sus cuidados no podría quejarme. Mis papás no están nunca y ella lo maneja todo, e incluso se da tiempo para llevarnos a Yan Zi y a mí a natación tres veces a la semana.

Por lo general, vuelvo a casa pasadas las ocho de la noche, me ducho, me pongo el pijama y espero a mi mamá despierta, estudiando en mi cama, para que me ayude con el tratamiento. Después de eso, conversamos un poco, mi papá pasa a preguntarme “cómo está mi princesa”, nos reímos de cualquier cosa, me como la última colación del día y me duermo rendida.

Todo se ve perfecto, ¿no? Una chica enferma, cuyos padres trabajadores se dan el tiempo para cuidarla y brindarle los cuidados que necesita. Sin embargo, esos escasos minutos con mis papás cada noche y por la mañana no son suficientes para mí. Podría decir que sí lo son y que entiendo que su trabajo queda lejos, que lo hacen por mí, para darme una mejor calidad de vida y bla, bla, bla, pero el hecho es que los necesito mucho. Igual, trato de no armar líos y no digo nada. Aunque no es fácil estar siempre sola, sin hermanos y sin ellos en la casa. Por suerte tengo a Yan Zi; si no, mi vida sería aún más desabrida.

Además del yoga, la pasión de tía Kun Zi es la costura, a la que se dedica por las mañanas cuando estamos en el colegio y los fines de semana, en cualquier minuto libre que tiene. Cuando jugamos en el pasaje o nos manguereamos en el patio de atrás en vacaciones de verano, con Yan Zi escuchamos el ruido de la máquina de cocer a todo dar y sin interrupción por horas. Su especialidad son las cortinas, los manteles y las sábanas, que después borda a mano con mucha dedicación. Produce tantas cosas que tiene un gran clóset de melamina blanco, de pared a pared, lleno de bolsas con sus trabajos, como si alguien fuera a retirarlos en cualquier momento. Con Yan Zi bromeamos con la idea de poner un negocio, venderlo todo cuando seamos grandes y usar ese dinero para viajar a conocer Graceland, la mansión museo del Rey del Rock, Elvis Presley, en Memphis, Estados Unidos. Elvis fue hijo único igual que nosotras, y diabético también, aunque tipo 2. Imposible no adorarlo.

Desde que dejamos de escuchar música infantil y regalamos nuestros CDs de Barney y Mazapán, y los de Xiao Ding Dang y sus éxitos, como Yao Lan Qu, que tenía Yan Zi cuando era pequeña, nos convertimos en fanáticas de Elvis. Buscamos sus videos en YouTube, compramos su música y siempre que podemos tratamos de entender las letras de sus canciones en el

traductor de Google. *Don't be cruel to a heart that's true...*

Este año, y como siempre desde que recuerdo, decidimos celebrar un nuevo cumpleaños juntas, con una fiesta de disfraces. Por supuesto, estaban descartados los personajes de Disney, y el elegido sería nuestro adorado Rey del Rock, el inigualable Elvis Presley. Ya era tiempo de rendirle su merecido homenaje. Además, tía Kun Zi se ofreció para hacernos un traje de Elvis a cada una. Eso era un lujo.

Mis papás quedaron encantados con la idea, aunque no pudieran participar en los preparativos. Guacolda nos ayudaría con algunas cosas. Aunque faltaba mucho para abril todavía. Estábamos en pleno verano.

III

Floto. Floto en medio de la piscina, sin más intención que la de mantener los brazos abiertos y las piernas extendidas para no hundirme. Porque nada más hay en mi mente que permanecer quieta, inmóvil y flotando. Porque nada más hay en mi mente que ser parte del agua. Ser agua.

Sumergirme en agua temperada es lo mío. Dejarme llevar por la corriente y avanzar de vez en cuando, braceando sin apuro, es de los buenos momentos que tiene mi vida. Es ahí donde todos somos iguales, y donde no hay más sonido que el del agua filtrándose en mis oídos, haciendo tan lejano el mundo exterior. Arrancándome de él para simplemente formar parte de este otro, acuático y libre. Sin identidad.

Floto, floto para ser nadie, para ser solo un pedazo de nadie. Sin pasado, sin futuro. Solo un presente ocupado en flotar.

IV

En la televisión un tal John Lennon silbaba el estribillo de un tema que alguna vez había escuchado. Usaba gafas con cristales amarillos, y de tanto en tanto cerraba los ojos. Se notaba por su expresión que sentía algo profundo. Y también se notaba que era un video antiguo. Y aunque había oído su nombre varias veces en mi vida, era la primera vez que veía su rostro. Estrujé mis oídos para escuchar la frase final del tema, que apenas alcanzaba a capturar, cuando sonó el timbre. ¡Nada es perfecto! Y como mis papás para variar no estaban y Guacolda se había ido a la panadería hacía más rato de lo normal, decidí ir a ver quién tocaba, aunque seguro era Yan Zi.

Y ahí estaba, sonriente, pero con los ojos demasiado abiertos. Venía algo alterada. No era la de siempre.

—Hola, Ema —saludó ella.

—Hola, Yan Zi, ¡pasa! —le dije como de costumbre.

—No, amiga, dracias. Es que algo pasa en casa de los Rodríguez —comentó

agitada.

—¿Algo? ¿Algo como qué?

—Como un camión con muebles.

—¿Acaso los Rodríguez se van? —pregunté desconcertada.

Yan Zi se encogió de hombros.

—¡Vamos a averiguarlo! —agregué entusiasmada.

Cerramos la puerta de la casa y la reja, y nos dirigimos cautelosamente por el pasaje para ver si era una mudanza o si la señora Rodríguez solo había comprado muebles nuevos. Pero, en efecto, los hombres del camión de mudanzas se llevaban todo: colchones, veladores, las sillas del comedor, mesas, mesones, lavadora, refrigerador y bolsas de basura repletas quién sabe con qué. La señora Rodríguez fumaba sin parar y daba órdenes a los uno, dos, tres y cuatro hombres que acarreaban sus cosas para subirlas al camión.

—¿Se estará separando del señor Rodríguez? —le pregunté a Yan Zi en voz baja. Era muy extraño todo esto.

—Muy draro —susurró.

—Rarísimo.

El señor Rodríguez trabaja en una fábrica de tubos de aluminio en el Norte y viaja a Santiago una semana al mes. Con la señora Rodríguez no tuvieron hijos ni mascotas. De ella solo sabemos que es inspectora en un colegio mixto. Y a veces, cuando las tardes se ponen aburridas, con Yan Zi imaginamos lo que la señora Rodríguez está haciendo en su casa, y las opciones son muchas y muy graciosas. Nos reímos sin parar. Ahora, si por

casualidad nos encontramos con ella frente a frente en el pasaje, las cosas cambian, y tenemos que hacer grandes esfuerzos por no reír a carcajadas.

Los años habían pasado y ahora un camión se llevaba sus cosas y su historia, y dejaba la casa vacía. ¿Quién la ocuparía? ¿Estaría a la venta? ¿Acaso se estarían divorciando? ¿Volveríamos a ver al señor Rodríguez alguna vez? Las respuestas se las llevaría su señora en el camión de mudanzas estacionado en el pasaje.

Nunca, en todos nuestros años de vida en este pasaje, o sea, todos los once que tengo, se ha mudado alguien de casa, y salvo el camión de la basura o el de alguna multitienda que trae muebles nuevos, nunca entró uno de mudanzas ni de otro tipo. Por lo tanto, esto era todo un acontecimiento. Y no sé exactamente si me entristecía la idea de que se fueran por la pérdida de una familia dentro del pasaje o porque con ella se iba un pedazo de nuestra fuente de imaginación.

Cualquiera fuera la respuesta, nada empañaría la alegría que teníamos con Yan Zi en esos días, ya que mi mamá nos había anunciado, antes de irse al negocio, que se tomaría las dos primeras semanas de febrero para ir a El Quisco, a la casa de la abuela Iris –su mamá– para que pudiéramos “disfrutar de unas vacaciones como Dios manda, miren que la vida no es solo trabajo. No, señor”. Eran los únicos días del año en que estábamos juntas. Era lo máximo partir con ella a la playa cada año, aunque mi papá nunca se sumara. No dejaba solo su negocio por nada.

La casa de la abuela Iris en El Quisco es el símbolo de vacaciones para mí. Siempre, desde que nací, hemos ido para allá. A veces una semana, a veces dos. Pero siempre vamos. Cuando pienso en playa y sol, veo la casa; sus paredes de concreto y la chimenea de piedras grises; la amplia terraza de madera con baranda y las toallas de playa secándose al sol; el jardín de

maicillo con montoncitos de cardenales de todos los colores rodeados de piedras como corona. La cocina antigua de baldosines oscuros y pequeños, igual que los baños. Es muy acogedora y, lo mejor de todo, queda a una cuadra de la playa. Demasiado bueno para ser real.

La novedad de este año era que los Huang dejarían que Yan Zi viajara con nosotras por primera vez. Volveríamos justo para la celebración del Año Nuevo chino. Es el día más importante para ellos, y los Huang siempre tiran la casa por la ventana. Invitan al jefe y a los colegas de trabajo del tío Zu Shou con sus mujeres y sus hijos, y a nosotros, por supuesto. Se come muy, muy, muy rico. Lástima que Guacolda siempre se lo pierde, ya que por esos días está de vacaciones en Lanco, donde su familia. Para esa fiesta, como para Navidad y mi cumpleaños, mis papás se vienen temprano y dejan a Orieta, la vendedora que los ayuda, la responsabilidad de cerrar la tienda. Se arreglan, se visten muy guapos, cargan la batería de la cámara de fotos con tiempo y se animan a pasar un buen rato. No nos perdemos esa fiesta por nada del mundo. Mi mamá siempre le lleva un ramo de flores a tía Kun Zi, que ella pone inmediatamente en un florero de vidrio muy sencillo, al centro de la mesa. No digamos que ambas mamás son amigas, pero son muy amables entre ellas, se saludan cada vez que se encuentran en el pasaje y comparten en nuestros cumpleaños; en Navidad, que se celebra en nuestra casa y a la que ellos y mis abuelas están siempre invitados; y en el Año Nuevo chino, que se celebra en la de ellos; y creo que nada más.

A veces pienso que el trabajo de mis papás consume todo ese tiempo que en realidad podríamos disfrutar juntos. Tener una tienda en un mall es muy sacrificado, especialmente por los horarios y porque funciona todos los días de la semana y muchos feriados también. Por eso entiendo que mi mamá no tenga energía para hacer nada más. Hay días en los que llega tan agotada que ni siquiera come. Me mide la glicemia, me inyecta la insulina, me hace

un par de preguntas sobre el colegio y se desploma. Fome, fome.

V

Las clases comenzaban la próxima semana. Nada que hacer. Al menos pasaba a sexto, la cosa era avanzar.

Por la tarde iríamos con Guacolda al Apumanque para comprar mi uniforme escolar y encargar la lista de útiles en una de las librerías. Mi papá retiraría todo después, al volver a casa por la noche, en el auto. Era lo más práctico para mis papás.

Las vacaciones en El Quisco habían sido maravillosas en compañía de Yan Zi, pero ya eran historia. Las salidas a caminar por la playa, las deliciosas empanadas Gemma, el calor del verano, los atardeceres. Incluso nos dimos el tiempo para leer. Sí, leer. Mi mamá nos llevó a la feria de artesanías y dimos con un puesto de libros usados, muy baratos. Lo gracioso fue que compramos dos iguales, para leerlos al mismo tiempo y poder comentar. Ja, ja, ja. *La verdadera historia de Lucy Laurent*, de Albert Misellas. El vendedor nos lo recomendó mucho, especialmente “porque ustedes son amigas y lo van a leer juntas. Trata sobre dos amigas y la desaparición de una de ellas en unas vacaciones en Atenas, Grecia, y todo

lo que ocurre después. No se van a arrepentir”. Y aceptamos. Esa tarde lo empezamos a leer en la playa. Ninguna de las dos se movió de la toalla, ni siquiera para ir a bañarse al mar. Y como nos pareció tan extraño que nos recomendará esa historia, no nos despegamos la una de la otra en ningún momento durante esas dos semanas. Especialmente cuando llegamos al segundo capítulo y Lucy desaparece mientras Sarah entra al baño de un restorán de comida rápida. Dónde se fue y cómo la volvería a encontrar eran los grandes enigmas del libro, que devoramos en una semana, leyendo por las tardes, tumbadas boca abajo en la arena. Está claro que volvimos bronceadas por la espalda, ja, ja, ja, y que jamás iríamos separadas al baño en un lugar público.

Y como nada es perfecto, tuve una sola crisis de mi enfermedad, pero por suerte muy controlable. El resto solo fue diversión.

El día estaba caluroso y Guacolda planchaba sábanas frente al televisor, como era su costumbre. En el programa matinal, una mujer hipermaquillada y con el pelo tricolor esparcía chocolate derretido en el cuerpo de una modelo, jurando que con eso desaparecería su guata y la grasa que le sobraba. Lo más increíble era que Guacolda no despegaba los ojos del televisor, y yo, en cambio, imaginaba esa cantidad de chocolate líquido sobre un gran plato hondo, y una cuchara brillante que iba del plato a mi boca, del plato a mi boca.

En eso, sentí un ruido de motor muy grande que llegaba desde el pasaje. Miré por la ventana de la cocina y pude ver que era otro camión de mudanzas que se estacionaba bloqueando la calle. ¡El segundo en tan poco tiempo! Este pasaje se ponía cada vez más entretenido.

Como desde mi casa la visión no era tan directa, me fui donde Yan Zi para averiguar de qué se trataba. Al cerrar mi reja, pude ver que eran los nuevos

vecinos. Lo supe porque los tres hombres del camión bajaban muebles, cajas y bolsas dirigidos por una mujer mayor que me pareció algo así como la nana de la casa. Aparte de ellos, una mujer muy delgada y con aspecto enfermo, parada en el umbral de la puerta principal, se limitaba a indicar con el dedo dónde debían dejar todo. Por su manera de vestir podía tratarse de la dueña de la casa o de algún familiar. Esperaba ver algo más, pero en eso Yan Zi me abrió la puerta, y no me quedó más remedio que entrar.

Después de contarle lo del camión y las mujeres, corrimos a su pieza para echarnos sobre su cama y espiar por la ventana a los nuevos vecinos. Y como en su casa el concepto cubrecamas no existe, nos echamos sobre el plumón que le mandó su lao lao, como le llaman a las abuelas maternas en China, y que es lo más cómodo y calentito que alguien puede tener sobre su cama. Y es que en China las mujeres más tradicionales todavía cosen su ropa de cama. Y este plumón, cosido a mano por su abuela, era la prueba fiel de eso. En realidad tenía dos. Uno con un relleno muy grueso para el invierno, en tonos morado y verde manzana, y otro mucho más delgado en tonos blanco, calipso y rosado para el verano. Pagaría por uno así, con los mismos lindos colores. En realidad, pagaría por los dos.

Estuvimos unos minutos mirando por la ventana el movimiento de muebles y cajas, hasta que el olor a sofrito nos hizo reaccionar, como siempre. Tía Kun Zi ya estaba en la cocina preparando la cena. Partimos corriendo a ayudarla.

VI

Patricia Macaya era la primera del curso en estar de cumpleaños, y siempre sorprendía con fiestas especiales y diferentes. Para este año había anunciado un pijama party en su casa, con todas las compañeras del curso. Tendría películas recién estrenadas, cabritas dulces y saladas, una cascada de chocolate con frutillas para untar, y muchas sorpresas más. Pero tanta maravilla no estaba a mi alcance, sin contar con que, de todo el menú, solo podría comer un poco de cabritas. Pero en fin, no sacaba nada con lamentarlo. Era parte de mi vida desabrida. Fome, fome.

A veces, cuando estoy por quedarme dormida y mi cuerpo me pide a gritos una barra de chocolate o una torta de piña, mi mente vuela al pasado y a esa noche de crisis, y se me quitan las ganas rápidamente. Es que aún tengo muy vivo el recuerdo de aquellas vacaciones de invierno en las que se manifestó mi enfermedad y lo mal que lo pasé. Tenía 9 años. No lo he olvidado y no lo repetiría por nada del mundo. Fue horrible. Por eso me cuidó tanto. Con solo imaginar la posibilidad de revivir esa noche me invade el pánico.

Había perdido mucho peso en esos días, mucho antes de las vacaciones, pero mis papás no se angustiaban demasiado, ya que me veían comer muy bien. Creían que había pegado un estirón, como les ocurre a tantos niños. Además, no estábamos tanto tiempo juntos como para que notaran un cambio. Justo la primera semana de mis vacaciones estaban muy ocupados con el inventario del negocio, lo que les significaba llegar mucho más tarde de lo normal a la casa. Entonces, como siempre cuando hay inventario, la abuela Iris se vino a dormir unos días a la casa para regalónearme, llevarme al cine o a pasear, con Yan Zi por supuesto. Ella es tan dulce, que cada vez que se viene a instalar a la casa, se esfuerza para que yo no sienta que mis papás no están. Arma lindos panoramas y salidas y, por la noche, nos acostamos temprano y me cuenta de sus años de jovencita, de los campeonatos de voleibol del colegio, de los viajes por Chile y de las medallas que ganó. Atesoro esos momentos, y lo cerca que me siento de ella. Es mi abuela especial y logra que nunca me sienta sola.

Esa primera semana de vacaciones de invierno, comencé a sentir una sed tremenda, incontrolable. Empecé a depender del agua cada cierto rato, como si fuera una especie de bencina que me permitía continuar andando, hasta que nunca más paré de tomarla. Algo así como la prueba de un concurso de televisión en el que tienes que ganarle al guatón del público comiendo más completos que él. Esto era lo mismo, pero con agua. Agua, mucha agua. Al levantarme, mientras veía tele, a la hora de almuerzo, antes, durante y después de la leche de la tarde. Todo el tiempo.

Una de esas primeras tardes de vacaciones, mi abuela se dio cuenta de que algo no estaba bien conmigo. Especialmente cuando la mesera nos puso los vasitos con soda en la heladería a la que nos llevó con Yan Zi, y yo me tomé los tres con desesperación.

—Linda, estoy preocupada. Nunca te había visto con tanta sed —comentó la abuela, mientras enterraba la cuchara plástica en su bola de vainilla.

—No puedo parar, abue. Estoy muerta de sed —respondí, mientras le pedía a la mesera que nos trajera más.

Esa semana de vacaciones, Guacolda se lamentaba de que la orina no se vendiera por litros. “¡Seríamos ricos!”, decía cada vez que me veía entrar al baño. Y es que tenía una sed que no lograba calmar con nada. Una sed incalculable e irracional. Una tremenda y molesta sed.

Fueron varios días iguales, pero cada vez más desesperantes. La abuela Iris había conversado el tema con mis papás al desayuno, y ellos decidieron que esperarían el cierre del inventario de la nueva temporada ese fin de semana, para llevarme al doctor a la siguiente. Mi mamá pediría la hora.

La última noche de esa primera semana de vacaciones de invierno que pasé en la casa antes de que me internaran en el hospital, me levanté unas seis veces al baño a tomar agua, prácticamente dormida. Sentía el cuerpo caliente y estaba enrabada, incómoda. “Quiero agua”, fue lo último que le dije a la abuela antes de desmayarme en la entrada del baño, cuando ella se levantó a preguntarme qué me pasaba.

Al despertar estaba en el hospital, y no entendía nada. En la pieza había seis camas, tres a un lado y tres al otro, con el mismo cubrecamas celeste, todas ocupadas por niñas de distintas edades. Las observé por largo rato mientras recobraba la lucidez y comprendía que estaba hospitalizada. Entre todas, me llamó la atención una pequeña, menor que yo, que estaba en una de las camas frente a la mía, calva y sin cejas. Nunca había visto a una niña sin pelo, y me dio miedo imaginar por qué estaba así. Se veía triste, no como las demás. Su piel tenía un tono amarillento y bajo sus ojos,

profundas ojeras grises hablaban por sí solas. Hablaban de enfermedad. Era la más visitada por enfermeras y doctores durante el día. Las otras no parecían tener nada grave. De hecho, todas comían de muy buena gana la comida que les llevaban, que se veía muy rica.

Estuve once días comiendo pan blanco con clara de huevo revuelta al desayuno, almorzando pollo cocido con fideos sin nada y jaleas de todos los colores sin azúcar. Me sacaban sangre dos veces al día; en cambio, a las demás solo les daban vasitos de agua con pastillitas diminutas. Con el correr de los días, comencé a sentir unos deseos incontrolables de comer. Comer lo que fuera con tal de eliminar la fatiga y el cansancio que comencé a sentir cuando la sed cedió. Una sensación desesperante que solo lograba calmar comiendo. Algo muy extraño me estaba pasando y yo no entendía nada. Mi cuerpo estaba revolucionado. Estaba mutando. Comía cualquier cosa y a los cinco minutos me sentía excelente. Fue entonces que mis papás y el doctor me explicaron que tenía una enfermedad llamada diabetes tipo 1, que no era grave si se tomaban ciertos cuidados. Cuidados que debía tener para siempre. O sea, el resto de mi vida. Muy fome. Me mostraron la máquina para medir la glicemia, con sus lancetas para pincharme las yemas y su estuche azul, y los frasquitos de insulina, con sus jeringas o pens. Demasiada información para una niña.

Desde ese momento, cada día al despertar y por la noche antes de dormir, mi mamá se ha encargado de todo. El problema es que todo ese trabajo que ella realiza me vuelve dependiente de sus cuidados, cuando la mayoría de los chicos de mi edad que padecen diabetes se manejan solos. Además, no me veo a los cincuenta años esperando que mi mamá de setenta y cinco se ponga los anteojos con aumento para pincharme el dedo. Claro que no.

Así las cosas, era un hecho que la posibilidad del pijama party estaba descartada para mí. Al menos por el momento. Y no me hacía ninguna gracia. Todo lo contrario, era bien fome.

VII

Esa tarde de marzo el bus escolar se estacionó frente a la reja del pasaje, como siempre, para dejarme en la casa. El calor era insoportable y venía algo fatigada, incluso un poco mareada. Me costaba caminar y veía mi casa tan lejos. Por suerte, tenía presente que no debía desmayarme, al menos no en la calle, porque podía golpearme. Mientras caminaba y buscaba en mi mochila la bebida con azúcar para reanimarme y controlar mi hipoglicemia –o baja de azúcar en la sangre– observé una silueta en el techo de la ex casa de los Rodríguez. “Seguramente los nuevos dueños están arreglando el techo o algo así”, pensé. Pero al acercarme y pasar por el frente, mi sorpresa fue mayor cuando descubrí que se trataba de un niño como de mi edad, parado en el techo de la cocina, que manipulaba artefactos que iba sacando de una gran caja negra. ¿Qué estaría haciendo parado allá arriba con todas esas cosas? ¿Sería hijo de alguna de las mujeres que daba órdenes el día de la mudanza? ¿Acaso había llegado al fin un niño más a vivir a este aburrido pasaje? Para averiguarlo, corrí a dejar la mochila a mi casa. El azúcar de la bebida me tenía de vuelta, vivita y coleando, lista para saludar a Guacolda e ir a casa de Yan Zi. Desgraciadamente, ella

llegaba media hora después que yo del colegio. Entonces, una vez en casa, tomé una manzana roja, la lavé, la partí por la mitad y con un pedazo en la mano, me quedé en la cocina mirando por la ventana, tratando de ver al chico del techo de la ex casa de los Rodríguez, entre mordisco y mordisco. Pero fue imposible. Cuestión de ángulos.

Ante la magnífica posibilidad de tener un nuevo amigo, esperé ansiosa el regreso de Yan Zi. Cuando la vi venir por el pasaje, corrí a su encuentro. Además, esa salida fue una excusa para volver a estar afuera y ver qué pasaba con el chico del techo. Para nuestra suerte, ahí estaba todavía.

–Hola, Yan Zi –dije moviéndome ansiosa.

–Hola, Ema –dijo ella con suspicacia. Y es que mi expresión no era la de siempre.

–Mira con disimulo hacia el techo de los Rodríguez y dime qué ves –dije casi susurrando.

Quería ver cómo su rostro se iluminaba con lo que estaba por presenciar. Y así fue.

–¿Qué hace un chico adriba del techo? –preguntó con la boca abierta y las cejas subidas al máximo.

–No sé, pero tenemos que averiguarlo –dije con tono de detective.

–De todas manedras –afirmó ella con entusiasmo.

Entramos a la casa y corrimos a mirar por la ventana de la pieza de Yan Zi, para comenzar a investigar al chico del techo. Pudimos ver que tomaba piezas de diferente tamaño y grosor, en negro y plateado, las que iba poniendo y ordenando para armar algo. No sabíamos qué. Estuvimos largo rato observándolo. Hasta que llegó Guacolda a buscarnos para tomar las

onces. Salimos al pasaje nuevamente y, con paso de tortuga, caminamos hasta mi casa con el cuello torcido, para seguir mirando al chico. Yan Zi se tropezó, para variar, y casi terminó clavada en nuestra reja. Me había olvidado de comentarles que mi vecina-mejor-amiga es la reina del tropiezo, no sé si porque debería usar lentes y no lo sabe, o porque tal vez sus pies son más pequeños de lo normal. Apenas calza treinta y tres con doce años. Yo calzo treinta y siete. Finalmente, nos metimos en mi casa sin la menor idea de lo que hacía ese chico.

A la mañana siguiente, cuando mi papá encendió el motor del auto en señal de que era la hora de partir al colegio, corrí con mi mochila llena de colaciones y aproveché para estirar mi cuello y comprobar el trabajo del chico. Y ahí estaba: un telescopio. ¡Uno de verdad! De esos que salen en las revistas científicas. Brillaba tanto que parecía un trofeo, todo grande y poderoso, sobre el techo de la cocina. ¡Y lo había armado ese niño! Seguro que era el primo chileno de los hermanos genios de Phineas y Ferb. ¡Teníamos que conocerlo! Nuestro nuevo vecino debía ser muy interesante, y con Yan Zi teníamos que hacer algo para confirmarlo.

VIII

Esa tarde de fines de marzo, cuando volvimos del colegio, tía Kun Zi nos hizo la primera prueba de vestuario para nuestros disfraces de Elvis. Faltaba un mes para nuestro cumpleaños y ella quería coserlos con tiempo. El mío era blanco con detalles en dorado y morado, y el de Yan Zi también era blanco, pero con detalles en dorado y calipso. Estaban quedando preciosos. Usaríamos unos zapatos de gamuza increíbles para complementar nuestros disfraces. Unos *blue suede shoes*, en honor a Elvis.

Parecía que mi vida era perfecta. Pero estaba lejos de serlo.

Si tomo un papel y un lápiz y hago una lista de las cosas buenas y las malas de mi vida, la verdad, no podría quejarme. Sin embargo, me duelen mis papás. Y no porque sean malas personas, todo lo contrario. Son estupendos, velan por mi salud, mi comida y la casa –incluyendo a Guacolda–, pero no tienen la menor idea de lo que vivo cada día, ni de lo que me apena o alegra. Muchas veces he llegado a la conclusión de que son más pareja que padres. Ellos juntos son uno, y cuando están abrazados, pareciera que nada más importa en el mundo. Además, son amigos,

compañeros y socios. Lo son todo. Y en ese todo, yo siento que sobro.

A veces, envidio a algunas de mis compañeras de curso, cuyas mamás siempre están a la salida del colegio esperándolas. Las veo desde la ventana del furgón escolar caminar por la vereda rumbo a sus casas, conversando. Eso nunca lo he vivido.

En estos últimos días, se sumaba a mi fatalidad la cruel realidad de que por mi diabetes no iría al pijama party en casa de Patricia. Aun cuando en los recreos no se hablara de otra cosa más que del cumpleaños. Y aun cuando me muriera de ganas de ir. En momentos como esos, cuando la realidad me hacía ser la única manzana roja en un canasto donde solo había verdes, la vida me parecía más injusta conmigo que con mis amigas. Ni en mi curso ni en mi nivel había otra persona con diabetes. Tampoco en mi pasaje. ¿Por qué yo?

Todas reirían a carcajadas esa noche; lucirían sus pijamas seguramente elegidos con especial dedicación para la ocasión; hablarían de los chicos más guapos, de cuál le gusta a quién; y harían confesiones que yo no escucharía. Y justo a esa hora, yo me perdería entre las sábanas de mi cama, sola, sin la oportunidad ni siquiera de conversarlo con mis papás, quienes con el escaso tiempo que tienen para mí, creerían que nada me falta en la vida. ¿Cómo iba a pedirles que me ayudaran a aprender a pincharme e inyectarme sola?

Antes de que Guacolda sirviera las onces, volví a mi casa para repasar el dictado de Lenguaje y ganar tiempo, aunque seguía pensando en el famoso pijama party. No lo podía negar.

Un rato después Yan Zi entró derecho a la cocina, donde la estaba esperando. Con una prisa que no era común en ella se tragó el vaso con

leche en cinco segundos y el pan desapareció en su boca masticadora. Cuando al fin se limpió con la servilleta, me dijo:

–¡Adivina! El chico del techo está afuera –dijo con los ojos muy abiertos.

–Ah –dije sin demasiado entusiasmo. Mi cielo se había nublado.

–¿Qué te pasa, Ema? Te digo que el chico del techo está afuera. ¿Vamos?

–No. Anda tú –dije sin ganas.

–¿Estás bien? Te digo que el chico del techo...

–Ya sé. No quiero ir. Anda tú y después me cuentas –interrumpí.

–Pe... pedro, ¿qué te pasa?

–Nada. Ando un poco triste.

–Drecién estabas tan feliz. ¿Qué pasó?

–Están quedando muy lindos los disfraces, amiga, y eso me tiene muy feliz. El problema es que este sábado Patricia Macaya celebrará su cumpleaños con un pijama party y yo no podré ir. Y es el primero que se hace en el curso. Y bueno, estoy apenada. Esa es la verdad.

–¿No vas?

–No, ya sabes, la glicemia, las inyecciones de insulina... Siempre lo hace mi mamá. Y no voy a ir con ella al pijama party, ¿no?

–Cladro que no, pedro... ¿y qué tal si ahodra lo haces tú?

–¿Yo? Pero... ¿cómo? Si no sé. Nunca... O sea, tendría que hablarlo primero con mis papás para que me lleven donde el doctor Vásquez. Pero... ¿cuándo?

–¿Esta noche?

–Pero...

–Si no tienen tiempo, buscamos en Internet... Padra eso existe, ¿o no?

–¿Internet? Yan Zi... creo que estás loca.

–Lo sé.

Salimos de mi casa con los ojos hiperabiertos, caminando a paso de tortuga, para ver si alcanzábamos a distinguir al vecino genio, pero para nuestra mala suerte, ya no estaba. Solo el telescopio se imponía desde el cielo como si fueran las tablas de la ley entregadas a Moisés. Era muy impresionante ver cómo brillaba con el sol. Nuestro barrido ocular habría pasado piola si no hubiera sido porque mi amiga de pies chicos tropezó en pleno pasaje y cayó de bruces. Me dio tanta vergüenza, que no quise mirar hacia la ex casa de los Rodríguez para ver si el vecino nuevo había advertido la situación. Corrí a ayudarla y la tomé de la mano sin siquiera preguntarle si se había roto los dientes o la nariz, y la metí en su casa a toda velocidad.

Ya en casa de Yan Zi, y luego de comprobar que mi amiga tenía todos sus dientes, le pedimos permiso a tía Kun Zi para usar el computador de tío Zu Shou y averiguar todo lo que había sobre diabetes. Nunca se sabía con mis papás, y era mejor ganar tiempo. Estuvimos navegando un buen rato, hasta que dimos con el sitio www.americanoscondiabetes.com, y decidimos registrarnos y explorar, por si acaso.

Esa noche conversaría con mis papás sobre la posibilidad de aprender a pincharme e inyectarme sola. Aún faltaban cinco días para el pijama party y tenía tantas ganas de ir, que seguramente aprendería rápido. Incluso estaba dispuesta a visitar al doctor para que me enseñara a hacerlo. Todo, con tal de no perderme el pijama party.

IX

Floto. Floto conmigo y nadie más. Floto, después de sumergirme y desprenderme de la realidad. Después de inundar mis oídos y perder la audición. Alejada y libre. Floto ilusionada y esperanzada en lo que viene.

Floto, en una piscina de lágrimas tibias donde solo el agua sabe lo que siento, me contiene y no pregunta nada.

Floto en los abrazos tiernos y temperados que tanto necesito. En corrientes maternas y tibias. Floto en la matriz templada, protegida, donde todo es posible, hasta la vida misma. Donde flotar es vivir.

Floto.

X

HOLA. NECESITO AYUDA!!

Ema Bravo



Hola, amigos de Americanoscondiabetes. Soy Ema, de Chile. Tengo 11 años y tengo diabetes mellitus tipo 1. Desde que me diagnosticaron la enfermedad, a los 9 años, mi mamá se ha hecho cargo de mí, de pincharme y de inyectarme la insulina. Pero ahora quiero hacerlo yo misma. ¿Me enseñan cómo hacerlo? Les estaré eternamente agradecida!!!!



Giselle Sánchez

¡Qué chido, una chilena! Bienvenida, Ema. Soy Giselle, de México. Padezco DM1 desde los 4 años y, al igual que tú, mi madre se hizo cargo de todo el proceso x muchos años. Antes de darte un consejo, creo que debieras contarles a tus padres lo que quieres hacer. Ellos te ayudarán y seguramente contactarán a tu médico para que des este paso tan importante en tu vida. En mi caso, fue él quien me enseñó una técnica fabulosa, practicando con naranjas. Estuve inyectándoles agua y pinchándolas una semana, hasta que al fin me atreví y lo hice conmigo, en mi barriga. Tú puedes hacerlo.

¡No te achicopales!

Luis Alberto Vega



Bienvenida, Ema. Estoy muy de acuerdo con Giselle. Practica con toronjas o limas. Es lo más fácil y lo más recomendado. A mí me resultó con esa técnica. Sigue así y no desistas, que a cada cochino le llega su sábado. Cuéntanos los resultados. Un saludo desde Caracas, Venezuela.

Estaba impresionada. Había un mundo para diabéticos en el ciberespacio que yo desconocía y que estaba a mi alcance. Para mi consuelo, había muchos otros como yo viviendo las mismas complicaciones. No era la única. Ahora lo sabía.

XI

Por esos días había visto un par de veces a la mujer delgada de la casa del vecino genio salir a caminar del brazo de la otra, la más gruesa. Ella se desplazaba como en cámara lenta, como si fuera un globo con helio y la otra mujer la llevara con un hilo para que no se escapara hacia el cielo. De lo más raro.

Esa tarde, sin ir más lejos, al volver del colegio las vi sentadas en el antejardín, en una banqueta de madera que instalaron al lado de la puerta principal. Ninguna de las dos se movía. Parecían estatuas. Aunque tal vez jugaban al “Un, dos, tres, ¡momia es!” ¿Por qué no? Si había visto al señor Núñez una vez llegar a su casa disfrazado de abeja, cualquier cosa era posible.

Con el tiempo me enteré de que los Núñez venían de una fiesta de disfraces. Su mujer se había disfrazado de flor. Eran muy divertidos. Y es que los Núñez son cuento aparte. De todas las parejas que he visto en mi vida, y en especial en este pasaje, ellos son lejos los más extraños y diferentes. Comen granos, vegetales y flores. ¡Flores! Y como solo se

mueven en bicicleta a sus respectivos trabajos, no tienen auto y usan el estacionamiento como huerta, donde plantan todos los vegetales que comen. Y mientras los fines de semana cada familia descarga bolsas plásticas del supermercado con comida y útiles de aseo, ellos reciben una camioneta al mes, que los surte con semillas y más semillas, de todos los colores y tamaños.

¿Cómo será una cazuela de alpiste? Debe ser de lo más divertida. Pagaría por probar la comida de la señora Núñez, una mujer muy alta, de pelo largo y voluminoso que cambia de color cada cierto tiempo, y que adora usar pañuelos de colores como cintillos. Por las tardes, cuando cae el sol, puedes oírla cantar mientras riega su huerta, y si te detienes y afinas el oído, la puedes escuchar conversar con sus vegetales y agradecerles por tan generosa producción. Me recuerda a la protagonista de *Encantada*, que conversaba con las palomas y los ratones. Por otro lado, su marido, el señor Núñez, es calvo y mucho más bajo que ella. Usa lentes ópticos parecidos a los de John Lennon, y rato libre que tiene, lo usa para leer a la sombra del naranjo de su antejardín, en una silla de playa de esas antiguas, de lona y madera. Lo puedes ver los fines de semana, sentado ahí por horas, dando vuelta las páginas de algún libro. Debe tener una enorme biblioteca y, de seguro, ningún televisor.

Cuando Yan Zi tocó el timbre media hora después de volver del colegio, salí corriendo a abrirle la reja para ver si el chico del techo ya estaba en su lugar, y para mi fortuna ahí estaba. Yan Zi dejó su mochila en uno de los asientos del patio y ambas corrimos a verlo. Aunque cuando ya estábamos cerca, preferimos caminar y disimular un poco, para que no se notara lo mucho que queríamos conocerlo.

Una vez frente a su casa, nos animamos a hablarle. Queríamos saber

quién era, qué estaba haciendo en el techo... ¡si es que era un genio! Y no había nada ni nadie que pudiera frenarnos.

–¡Hola! –gritamos al unísono.

Pero él no respondió. Ni siquiera bajó la vista hacia nosotras.

–¡Hola! –repetimos, imaginando que su concentración no le había permitido oírnos.

Pero nada ocurrió. El chico del techo ni siquiera pestañeó. Tenía la cabeza clavada en el tubo del telescopio, arreglando quién sabe qué. Desesperadas por llamar su atención, decidimos hacer algo más agresivo, aunque no violento. Entonces, arrancamos algunas naranjas verdes de una de las ramas del naranjo de su casa y se las lanzamos. Una, dos, tres, cuatro y nada. No le achuntamos ni una sola vez. Finalmente, Yan Zi se concentró, afinó su puntería ubicando la naranja entre su ojo derecho y la figura del chico del techo, la lanzó emitiendo un gemido de guerrera y le dio en plena cadera derecha. ¡Al fin! El chico se sobresaltó y movió su cabeza para ver de quién se trataba. Hasta que se encontró con nosotras, sonrientes y con cara de angelitos, abajo.

–¿Qué les pasa? ¿Ustedes me lanzaron esa piedra? –preguntó el chico del techo, evidentemente enojado. Ahora al menos nos estaba mirando. Usaba lentes ópticos.

–No era una piedra, sino una naranja verde –contesté apurada. Jamás le lanzaría una piedra a alguien.

–Piedra, naranja, da lo mismo. ¿Qué quieren? ¿Quiénes son ustedes? –nos preguntó aún con la mirada canina y rabiosa fija en nosotras.

–Somos Ema y Yan Zi, tus vecinas –dijo mi mejor amiga, indicando a

cada una.

–¿Vecinas? Ah, bueno. ¿Y era necesario golpearme con algo? –replicó todavía molesto.

–Es que te gritamos “hola” dos veces y no nos inflaste –contesté primero.

–Sí –siguió Yan Zi.

–Ok. Entonces ya sabemos que somos vecinos. ¿Puedo seguir en lo mío?

–Pe... pero cómo te llamas –pregunté antes de que cortara la transmisión.

–Agustín.

–Hola, Agustín. Mucho gusto –dijo Yan Zi con una enorme sonrisa de dientes chuecos.

–Hola, Yu Ni –contestó él, con el rostro más relajado. Ya no fruncía el ceño.

–Yan Zi –repitió ella.

–Eso, eso, Yus Li.

–Yan Zi –volvió a repetir, ahora sin los tonos agudos del comienzo.

–Como sea. Yan Li, Yus Li, Bruce Lee... –rio de buena gana el chico del techo, aunque a esas alturas ni a Yan Zi ni mí nos hacía la menor gracia su sopa de letras.

–Yo soy Ema –agregué como para no quedar fuera y cambiar el tema.

–Hola, Ema. Tu nombre suena como a yema –dijo, y dio una carcajada tan grande que por unos segundos perdió el equilibrio y por poco se cae del techo.

–Y Agustín suena a calcetín –replicó Yan Zi, y todos reímos con ganas.

–¿Qué haces en ese techo? –pregunté con interés, para avanzar y saber un poco más.

–Estoy calibrando mi telescopio.

–¿Cali... qué? –preguntó Yan Zi.

–¿Telescopio? –pregunté yo.

–Es que con el cambio de casa tuve que desarmarlo y volver a armarlo. No es un dobsonian, pero al menos me permite ver más allá de nuestro planeta.

–¿Darwineano? –pregunté sin entender nada de lo que el chico hablaba. Al menos la palabra Darwin me sonaba un poco más.

–No. Dobsonian. De John Dobson, el monje que en 1970, en sus ratos libres, ideó cómo fabricar telescopios portátiles para evitar acarrear aparatos metálicos grandes y pesados. No tengo uno de esos livianos y desarmables, pero al menos tengo uno en mi techo. Y eso es suficiente.

Nos quedamos mudas. El chico del techo sí que era extraño, y nosotras, frente a sus palabras, no teníamos nada que aportar. Ni siquiera qué preguntar. Entonces, siguió:

–Dobson diseñó una estructura desarmable tan práctica y precisa que sirvió de molde para todos los astrónomos aficionados del mundo. Y lo es hasta hoy –puntualizó abriendo los ojos detrás de sus lentes de marco rojo.

–Ahhh... –comentó Yan Zi, seguramente por parecer amable. Apostaría a que no entendía nada de nada. Igual que yo.

–Sí. De hecho, Dobson estuvo en Chile en 2004. Lástima que yo era muy

pequeño como para concertar una entrevista con él. Y por lo que leí en los diarios en Internet, quedó sorprendido con lo que los astrónomos de barrio hacían en Santiago.

–¿Astrónomos de barrio? –pregunté.

–Sí, es que en Santiago se juntan muchos astrónomos a ver el espacio, toman fotografías digitales e intercambian información. Lo hacen en las zonas más altas, como camino a Farellones o en Peñalolén.

–¿Los niños pueden ir? –preguntó Yan Zi, interesada en que nuestro nuevo amigo tuviera acceso a ese mundo que tanto le apasionaba.

–No lo sé. Pero aunque se pudiera, no tendría cómo llegar hasta allá y volver. Ahora no tenemos auto.

–¿Ahodra? –preguntó Bruce Lee. Digo, mi amiga.

–Es que mis padres se separaron hace un par de meses, y como el auto era de mi papá, se lo dejó para él y contrató un bus escolar para que me lleve y me traiga del colegio.

–¿Y tu mamá? –pregunté con curiosidad. Quería saber cuál de las dos mujeres lo era.

–Bueno, fue un placer conocerlas: Bruce Lee y Yema, nos veremos pronto –dijo dando por terminado el capítulo. Dejó de mirarnos, volvió a meter su cabeza en el tubo y nunca más se movió. Al parecer se molestó. Sin más remedio, nos dimos media vuelta y desaparecimos. Guacolda debía estar esperándonos con las onces servidas.

Caminamos contentas hacia mi casa, incluso dando pequeños saltitos, a pesar del desaire final. Nos cruzamos con la señora Núñez, que venía pedaleando hacia su casa con una mochila en la espalda de la que

sobresalían unas ramas enormes. Seguro que las llevaba para plantar en su huerto. Cantaba una canción en francés, a todo pulmón, como si estuviera sola. Al pasar por nuestro lado levantó una mano en señal de saludo y siguió. Cuento corto, al fin habíamos descubierto quién era el chico del techo, el pequeño genio del pasaje. Ahora sabíamos su nombre, qué es lo que hacía allá arriba con esos aparatos y que lo suyo era la astronomía. Si eso era suficiente para tener la seguridad de que seríamos ami... amigos..., pues no lo sabíamos aún.

XII

Llevaba tres tardes practicando cómo inyectarme la insulina con las jeringas y las naranjas que me trajo mi mamá, después de nuestra conversación y de su larga negativa a dejarme hacerlo por mí misma. Repetía una y otra vez que si bien estaba en edad para aprender a hacerme cargo de mi diabetes, no me veía lista para hacerlo. No recuerdo cuáles fueron mis argumentos, pero finalmente aceptó y pronunció esas frases que les encantan a las madres, llenas de emoción y lágrimas, por supuesto, con un abrazo tan largo que por poco me deja sin aire. Había momentos en los que me sentía tan cerca de ella, como ahora, y otros tan lejos, casi como una huérfana. Mis papás debieron llamarme Soledad, no Ema. Por suerte tenía a Yan Zi, que era como una especie de familia extra, y eso lo agradecía todos los días. Sin nuestra amistad, no sé qué sería de mí.

Esa noche, mi mamá llegó del negocio muy decidida. Llamó al doctor Vásquez, le contó lo que me estaba pasando y él estuvo muy de acuerdo en que comenzara a manejarme sola, aunque con la supervisión de ella durante los primeros meses.

Así las cosas, quedamos en que si aprendía a inyectarme de aquí al viernes, el sábado podría asistir al pijama party. Si no lo lograba, tendría que aceptarlo y seguir practicando. Además, mi madre agregó que si conseguía hacerlo y asistía al cumpleaños, debía llamarla desde mi celular después de pincharme y ver los números de mi glicemia, para informarle el resultado. Todo esto por la noche, aun cuando no tuviera sueño, y por la mañana, antes del desayuno. Me repitió varias veces que el doctor me autorizaba, siempre y cuando ella me supervisara por unos meses o hasta que viera que puedo hacerlo sola.

Y así me la pasé, todas las tardes de esa semana después del colegio, entre las onces y la cena donde los Huang, torturando naranjas para poder ir a la fiesta de Patricia el sábado. No estaba dispuesta a perdermela solo porque no lograba imaginar que mi guata era una simple naranja.

El problema lo tuve el viernes por la noche, cuando venció mi plazo fatal y solo había logrado pincharme con la lanceta y medir la glicemia, pero no inyectarme la insulina en la guata. Era mi última oportunidad. La cena donde los Huang estuvo maravillosa esa noche. Incluso me privé de comer fideos de arroz para compensar lo que comería al día siguiente, si es que asistía al cumpleaños. Había que pensar en todo. Y pensar positivo. Pero una vez en mi pieza, sentada en la cama frente a la máquina, con Yan Zi a mi lado, el resultado de la medición frente a mis ojos y el pen con la insulina lista, no lograba hacerlo. Me sentía absurda. ¿Cómo iba a hacerme daño a mí misma clavándome una jeringa? Pero si no lo hacía, perdería la oportunidad y después lo lamentaría, especialmente cuando el lunes por la mañana las aventuras y los chismes del pijama party fueran el tema de todos los recreos del día o de la semana. Tal vez del año. Tenía que hacerlo. Pero no lo lograba. Empecé a angustiarme cuando advertí que la hora avanzaba y no lo conseguía.

Entonces, sentí la reja del antejardín. Era la señal de que mis papás venían del negocio. Guacolda apareció corriendo en mi pieza para avisarme.

–Vienen sus papás. ¿Lo logró? Acuértese de que el plazo vence esta noche.

–No. Todavía no puedo inyectarme –contesté afligida.

–¿Todavía no puede? ¡Cómo va a ser posible! Mire, le quedan dos minutos entre que don Carlos se estacione y la señora Gloria se baje a cerrar la reja y entren. ¡Dos minutos!

–Es verdad. Piensa en esa fiesta, amiga. En ustedes riendo, viendo películas, pasándolo bien. Tú también te mereces una fiesta así –agregó Yan Zi con ojos suplicantes.

Pero era tarde. La voz de mi mamá saludando al entrar a la casa me hizo comprender que ya no lo había logrado, que no habría pijama party para mí. Y me convencí de ello cuando entró a mi pieza y nos vio a las tres juntas con cara de funeral. No alcanzó a preguntar nada cuando rompí en un llanto tremendo. La angustia me tenía superada. No aguantaba más. Había practicado toda la semana, había logrado pincharme las yemas y medirme la glicemia, pero me faltó. Faltó terminar el proceso.

–Preciosa, ¿qué pasa? –preguntó mi mamá, abriéndose paso entre Yan Zi y Guacolda, para abrazarme, soltando la cartera en el suelo.

–No... no lo logré –dije entre sollozos.

–Tranquila. Todavía hay tiempo. No te angusties –agregó apretándome contra su pecho.

–Es que... es que yo... ¿por qué todo es tan difícil para mí? –dije con la voz entrecortada. Tenía un nudo en la garganta que me dolía de

verdad. Como si realmente tuviera algo atorado ahí.

–Todos tenemos alguna pena en esta vida. Piensa que la tuya solo requiere de cuidados y de orden. Puedes tener una vida normal. Tranquila. Ya verás que lo logras. Si no es hoy, será mañana.

–¿Vida normal? ¿Qué... qué tiene de no... normal? Ni siquiera puedo dormir en la casa de una amiga.

–Nada está dicho. La fiesta es mañana por la noche y para eso quedan veinticuatro horas. Mira, por esta noche ya está bien. Lograste pincharte y medirte sola. Es un gran avance y estoy muy orgullosa de ti. Para la tercera parte todavía tenemos una oportunidad en la mañana. ¿De acuerdo?

–De acuerdo... acuerdo.

–Ya, suénate y lávate la cara. Te aseguro que esta será la última noche que te inyecto la insulina yo. Así es que tomémoslo como una gran despedida y hagámoslo juntas. ¿Te parece?

–¿Cómo juntas?

–Anda al baño y cuando vuelvas te tiendes sobre tu cama, como siempre. La diferencia va a ser que esta vez yo voy a inyectarte, a presionar el pen y tú solo lo vas a sacar. ¿Estás dispuesta?

–Sí. O sea, creo.

–Vamos. Anda al baño y yo te espero acá. Y si no te atreves, no hay problema. Lo hago yo. Pero ten calma y confía en ti.

Salí del dormitorio todavía angustiada. Cuando entré al baño, me lavé la cara, me soné y me miré al espejo unos segundos. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Rojos y tristes. La nariz y la boca rojas y deformadas. ¿Por

qué era tan difícil? Yo sabía que podía. Pero algo me frenaba. Creo que le tenía miedo al dolor.

Cuando volví a mi pieza, Guacolda y Yan Zi estaban arrinconadas entre la ventana y mi clóset, seguramente para no molestar y evitar así que las echaran para afuera. Como siempre, me tendí en la cama, levanté mi polera y esperé que mi mamá se sentara a mi lado y tomara el pen que yo ya había preparado con la insulina. Y entonces ocurrió. Tal vez fue su cara de confianza y tranquilidad, o el hecho de saber que ya no era urgente, pero justo cuando ella lo tomaba... se lo pedí. Así, sin más.

—Mamá, dámelo. Lo hago yo.

—¿Estás segura, amor? —preguntó con incredulidad.

—Sí. Dámelo —dije con calma y seguridad.

Entonces, como si fuera algo de lo más normal, corriente y cotidiano, tomé el pen, apunté a mi guata y suavemente penetré con la aguja mi piel, como si se lo estuviera haciendo a otra persona. Como si se tratara de otro. Como si fuera lo mismo que echarme crema, algo que puedes hacer viendo televisión o conversando. Y no solo pude hacerlo, sino que logré presionarlo para que la insulina entrara, y luego retirarlo con calma y decisión. Al terminar, levanté la vista y vi a mi mamá, que sonreía con los ojos empañados de alegría. Me emocionó verla así. Orgullosa y tan cercana a mí.

Cómo deseé que fuera así todos los días. Acto seguido, Guacolda y Yan Zi rompieron el silencio con aplausos y gritos de júbilo. Lo había logrado. Había conquistado mi independencia con mis propias armas. ¡Lo había conseguido! A partir de ese momento, no solo tenía la posibilidad de ir al pijama party de Patricia Macaya; ahora era una diabética tipo 1,

insulinodependiente, absolutamente independiente. Y estaba muy feliz por eso. Y por el cumpleaños. Claro que sí.

XIII

Floto boca abajo, con las gafas de agua puestas y la respiración contenida.

Floto ansiosa, con los ojos abiertos y mi visión panorámica. Con los ojos inquietos, esperando a los peces, aquellas nuevas cosas que me traerá esta independencia. Floto atenta a cualquier movimiento.

Floto a la espera, aguantando, segura de que llegarán.

Floto por esos peces que antes no pude alcanzar.

Por esos peces que deseo tanto. Floto.

▼ → la configuración de la página actual terminará

XIV

Estuvimos varios días decidiendo si invitáramos a nuestro cumpleaños al genio del techo. Al fin y al cabo aún no éramos lo que se dice amigos. Sin embargo, al ser vecinos, él vería el alboroto de invitados y disfraces estilo Elvis Presley desde su casa, ya sea que estuviera en el techo o adentro. No podíamos ser tan desconsideradas si lo que realmente queríamos era conquistar su amistad. Además, lo más probable era que no viniera, menos aún si tenía que hacerlo como el Rey del Rock. No lográbamos imaginarlo con patillas y jopo, pata elefante y traje apretado. ¡Aunque hubiéramos pagado por verlo!

Después de pensarlo mucho, el jueves se presentó la oportunidad de invitarlo cuando veníamos de natación caminando por el pasaje. Agustín conversaba con el chofer de un camión que al parecer entregaba comida. Algo así como un supermercado a domicilio. De hecho, pude ver que el hombre le pasaba una gran boleta, mientras otro más joven y delgado iba descargando bolsas en el antejardín de la casa.

–Guaco, sigue hasta la casa. Nosotras vamos a quedarnos un rato aquí.

¿Verdad, Yan Zi? –dije a mi nana con voz convincente.

–¿Cómo que quedarnos aquí? ¿Acaso no tienen tarea las perlas? –preguntó Guacolda con intriga.

–No, para nada –respondí.

–Yo tampoco –agregó mi amiga.

Sin más alternativa, Guacolda siguió camino hasta la casa con nuestros bolsos de natación y nos dejó frente a la de Agustín, donde nos apostamos como estatuas de sal esperando que el camión desapareciera. Cuando el chofer comenzó a retroceder por el pasaje, el genio del techo se encontró con nosotras, que sonreíamos con cara de buenas niñas.

–¿Les pasa algo? –preguntó.

–Nada –dijimos al mismo tiempo.

–¿Entonces? ¿Qué quiere el parcito?

–Vinimos a invitarte a una fiesta –dije de pronto, sin preparar nada en mi mente.

–¿Una fiesta?

–Sí. Nuesdra fiesta de cumpleaños. En dos sábados más –dijo Yan Zi.

–¿Te gustaría venir? Va a ser de disfraces, pero no de cualquiera, sino estilo Elvis Presley.

–¡Del Drey del Drock! –gritó Yan Zi emocionada.

–¿Elvis? ¿Fiesta de Bruce Lee organizada por Yema? Es demasiada información y ahora tengo que entrar las bolsas. Maricarmen salió y tengo muchas cosas que hacer adentro.

—¿Te podemos ayudar? Nosotras felices si podemos hacerlo. O sea, ayudarte —agregué torpemente.

Lo único que quería era entrar a la ex casa de los Rodríguez, después de tanto tiempo. Recuerdo que una sola vez lo hice, con Yan Zi por supuesto, un par de años atrás, y solo pudimos ver una cantidad más que suficiente de muebles antiguos, pegados unos a otros, con cuadros deprimentes enmarcados en color dorado o en madera oscura que ocupaban todas las partes altas de los muros, como si taparlos completamente fuera de vida o muerte. No recuerdo si las paredes tenían algún color. Era imposible saberlo. Estuvimos un minuto. Lo recuerdo muy bien, porque fue lo que la señora Rodríguez demoró en entrar a la cocina y devolverme la batidora eléctrica que le había pedido prestada a Guacolda esa mañana. Fueron solo sesenta segundos para hacer un barrido ocular y mirar el living comedor y parte de la cocina. Recuerdo que esta última tenía baldosas oscuras y antiguas. Seguramente las originales. En mi casa ya no existen; mi papá las cambió hace años por otras más claras y grandes. Lo mismo hizo con las del baño. Lo más extraño era que los Rodríguez habían hecho un esfuerzo incomprensible por mantener una fachada diferente de la del resto de las casas del pasaje; sin embargo, habían conservado el interior intacto. En fin, siempre fueron raros. Ahora tenía la oportunidad de ver qué cambios había hecho la familia de Agustín en esta casa, y no me lo quería perder por nada.

—Bueno, si quieren ayudarme con las bolsas, no hay problema —dijo de pronto pronunciando esas palabras mágicas que mis oídos esperaban con tanta gratitud y ansiedad.

Acto seguido, cada una tomó un par de bolsas y seguimos a Agustín hacia el interior de su casa. Por supuesto, Yan Zi fue la primera en entrar, el problema fue que aterrizó con bolsas y todo en el parque. No vio el peldaño

de la entrada. ¡El mismo que hay en todas las casas del pasaje! Por suerte no llevaba los huevos.

Y si en casa de los Huang había pocos muebles, la de Agustín estaba pelada. Un sofá de dos cuerpos con tapiz de terciopelo rojo oscuro, una pequeña mesa de vidrio y un puf de cuero color café en el living; una mesa redonda de esas expandibles, pequeña y con cuatro sillas en el área del comedor; ni un solo cuadro, salvo en el muro que estaba cerca de la cocina, donde colgaba una especie de máscara africana. Y era todo. Al menos las murallas estaban pintadas e inmaculadas de un color crema claro. Se veía todo muy ordenado y limpio. Limpio, pero vacío.

Cuando entré a la cocina me impresionó que mantuvieran los mismos muebles viejos de los Rodríguez. Las mismas baldosas oscuras en el suelo, los mismos azulejos con flores pequeñas en las paredes. Los mismos mesones de melamina imitación madera oscura y con vetas, casi color chocolate, con borde plateado. Estaba claro que no tenían dinero para remodelaciones.

Y si creía que había valido la pena ayudar con las bolsas para entrar a curiosear, la mejor parte vino cuando nuestro amigo empezó a sacar la comida de las bolsas y abrió la puerta de la despensa. Nunca había visto algo igual. Cajas transparentes para condimentos, con sus respectivos nombres; tarros alineados con las etiquetas originales mirando para el mismo lado y por orden de tamaño; otra gran caja vertical y transparente con paquetes de tallarines; otra, con los kilos de azúcar apilados; la del centro igual, pero con kilos de arroz, y la inmediatamente siguiente, igual, pero con kilos de legumbres. Ni los supermercados mantenían tanto orden y rigidez. Estaba muy impresionada, pero todavía había más, porque si la despensa era un templo del orden, el congelador era una catedral. En la

bandeja superior se alzaba una torre de hamburguesas congeladas, en bolsitas individuales y sin cajas; otra torre de bolsas de medio kilo de choclo congelado se erigía al centro y otra más de arvejas, a la derecha. En la inferior, dos bandejas de carnes rojas reposaban a la izquierda, otras dos más de pescado al centro y las últimas dos de pollo, a la derecha. ¿Quiénes eran estos? ¿Los locos Adams 2.0?

Una vez que cada bandeja de carne, cada tarro y paquete de comida estuvo en su lugar, pensamos que el trabajo había terminado, razón por la que cada uno tomó una buena porción de gel verde de una especie de jabonera, para lavarse las manos. Sin embargo, en pocos segundos Agustín ya estaba haciendo otra cosa. ¿Qué cosa? Doblando una por una las bolsas del supermercado que habíamos vaciado y que torpemente yo había ido metiendo dentro de otra de las mismas bolsas. Pues Agustín no tenía esa costumbre, y en su lugar se dedicaba a doblar y convertir en pequeños paquetitos de cinco por cinco centímetros cada una de esas enormes bolsas, las que luego metía en una gran caja plástica transparente con su respectiva etiqueta que decía “bolsas de supermercado”, imitando cajas de té, en filas, una detrás de otra. Fue en ese momento que Yan Zi me clavó los ojos en señal de “vámonos de aquí”, a lo que yo le devolví cerrándole un ojo en señal de “tranquila, que aún hay más”.

Cuando Agustín terminó de guardar las bolsitas, nos invitó a conocer su pieza, advirtiéndonos que no podíamos hacer ruido, ya que su mamá estaba descansando. A lo que, por supuesto, asentimos sin chistar. ¿Quién podía perderse la posibilidad de conocer lo que sería el dormitorio de este chico, después de haber visto su cocina?

Y si creía haberlo visto todo, lo mejor estaba por venir. Agustín abrió la puerta de su dormitorio, encendió la luz y lo que se iluminó ante nuestros

ojos no fue precisamente el dormitorio de un niño. No. No tenía nada que ver con un dormitorio infantil. Es más, estaba más cerca de ser un contenedor de importaciones que una pieza de niño. Y es que todo, absolutamente todo estaba guardado en cajas plásticas, transparentes y con sus respectivas etiquetas. Y cuando digo todo, me refiero a todo. Aparte de su cama con cobertor azul marino y de su escritorio, lo demás eran estanterías de madera oscura, todas iguales, con la misma altura y ancho, llenas con estas cajas, que ocupaban dos paredes completas. Las otras dos murallas contenían el clóset de pared a pared y la ventana que daba al pasaje. El piso, de parqué original, solo tenía una bajada de cama en tono azul marino también; la ventana tenía cortinas en el mismo tono, y del techo colgaba una lámpara con pantalla de plástico celeste. Tan tan. Nada más.

Dinosaurios carnívoros; Dinosaurios herbívoros; Dinosaurios omnívoros; Lápices grafito N.º 2; Lápices grafito N.º 1; Lápices mina de colores; Plumones; Destacadores; Corchetes; Clips; Papel carta; Papel oficio; Yoyós; Autitos Match Box; Legos; bla, bla, bla... La lista era infinita, como la cantidad de cajas. Nada de fotos, cuadros ni afiches. Solo había un gran mapamundi enmarcado y ubicado sobre una de las puertas correderas del clóset que aportaba color a un dormitorio que parecía ser el de un viejo mañoso.

—¿Y entonces, de qué se trata la fiesta? —preguntó de pronto, a pito de nada.

—Es nuestro cumpleaños —dije por responder, pues tenía la mente en otra cosa.

—¿Son mellizas? —preguntó sonriendo con picardía. Era impresionante cómo pasaba de la seriedad al relajo extremo. De plomo a humorista. Como si se tratara de dos personas distintas.

–¿Cladro que no! Ema cumple doce y yo drece. Tenemos un día y un año de diferencia –explicó Yan Zi, que no dejaba de sobarse el codo izquierdo, sobre el que se desplomó en su aterrizaje.

–Claro, claro. ¿Entonces es en dos sábados más? –preguntó el chico maniático del techo.

–Sí, y debes ir disfrazado de Elvis Presley, nuestro ídolo musical.

–¿Elvis, su ídolo musical? –preguntó con asombro.

–Sí. El Drey del Dock es nuesdro ídolo. Y algún día conoceremos Draceland.

–Su mansión, ubicada en el número 3764 de Elvis Presley Boulevard, en Memphis –agregué.

–¿Sabías que Elvis está entedrado ahí? Hoy es un museo –continuó mi amiga con seguridad, no solo de sus sentimientos, sino también de su conocimiento.

–¿Y a ti te gusta Elvis, Bruce Lee? –preguntó con ironía.

–Yan Zi, si edres tan amable –replicó ella.

–Eso, Yan Lee.

–Yan Zi –repitió otra vez.

–Bueno, Yan Zi. ¿Te gusta Elvis?

–Mucho, igual que a Ema. Somos sus fans.

–Por eso siempre usamos zapatos de gamuza azul los fines de semana, como la canción –agregué.

–¿Zapatos de gamuza azul? ¿Fines de semana?

–*Well it's one for the money, two for the show, three to get ready, now go, cat, go. But don't you step on my blue suede shoes* –canté sin pensarlo, imitando a Elvis en tono grave.

–¿Y cantan? Qué extrañas son –comentó frunciendo el entrecejo.

–No más que tú, Agustín –respondí. Ya me estaba cansando su tonito superior.

–*Blue suede shoes* significa zapatos de gamuza azul –le explicó Yan Zi.

–Ok. Fiesta de Elvis con zapatos de gamuza azul este sábado. Ya veremos. Ahora las dejo. Tengo que cocinar la cena y ya oscureció.

–¿Tú cocinas la cena? ¿Cuántos años tienes? ¿No hay nana? ¿Y tú mamá? –interrogué sin piedad.

–Son demasiadas preguntas. Veamos: sí; casi once; tiene el día libre; está acostada. ¿Algo más? Porque tengo mucho que hacer.

–Sí –dijo Yan Zi de pronto–. ¿Cuándo nos invitas a tu techo?

–Un día de estos. Ahora, las acompaño hasta la puerta. Buenas noches –dijo y, con paso rápido y seguro, se nos adelantó hasta la entrada principal y esperó a que saliéramos de su casa.

Caminamos en silencio, sin emitir más sonido que el de la goma de nuestras zapatillas sobre el pavimento, en dirección a la casa de los Huang, justo cuando tía Kun Zi salía a buscarnos preocupada por nuestra tardanza.

Ya habían pasado dos semanas del pijama party, y si bien había estado increíble y lleno de sorpresas a las que nunca pensé que tendría acceso, ya era historia, igual que mi independencia diabética. Esa noche, disfruté de la cena, de la compañía de Yan Zi, de los tíos, saqué cada plato y mastiqué

en mi mente todo lo que habíamos vivido recién en casa de Agustín.

Más tarde, en medio de la oscuridad de mi dormitorio, con la escasa luz de los faroles del pasaje que se filtraba por mis cortinas, el chico de casi once inundó mis pensamientos. Lo imaginé en su casa, ordenando la despensa, estudiando, preparando las onces, cocinando para él y su mamá, muy autosuficiente, demasiado adulto, pero en el fondo, absolutamente solo.

Fue entonces que lo sentí, fue de repente, sin previo aviso: fue un clic, una señal que emergió desde ese espacio que algunos llaman alma para avisarme que mi vida ya no era la misma, que algo había cambiado. Y no me refería solo a que ahora me hacía cargo de mi enfermedad, de mis inyecciones y cuidados, sino a que de pronto, sin pensarlo, había visto una realidad tan diferente a la mía. Nunca hasta entonces había pensado en la posibilidad de que un niño pudiera hacerse cargo de su familia, de su casa, de las cuentas, de todo, dejando nula cualquier posibilidad de vivir como un niño real. Nunca había siquiera imaginado que algo así podía suceder. Caí en la cuenta de que mi vida hasta ese momento había sido tan diferente de la de Agustín. Me sentí incluso injusta con mis papás. Siempre me estoy quejando en mi mente porque no me dan la atención que quiero.

Me pregunté cuántos niños en el mundo viven como no-niños. Seguramente muchos.

El sueño comenzó a apoderarse de mi mente. Imaginé la ciudad, la oscuridad de la noche, las luces de tantos hogares, con “Blue Suede Shoes” de fondo, y me sentí afortunada.

A estas alturas, vivir sin azúcar era solo un detalle.

XV

Faltaban diez días para nuestra Elvis Fiesta de Cumpleaños, cuando tía Kun Zi nos sorprendió en una de las cenas con una caja de madera en cuyo interior había treinta invitaciones hechas por ella, con la forma de la cabeza de Elvis. Todo en blanco, negro y dorado. ¡Qué talento! Las hizo una por una, a mano. Con razón existe el dicho “paciencia de chino”, pensé mientras las miraba. Parecían hechas por una máquina. Estaban todas iguales y muy lindas. Tanto, que tío Zu Shou dejó sobre la mesa la gubia con la que tallaba un árbol diminuto, y se acercó a nosotras para verlas y felicitar a su mujer. Por un segundo pasó por mi mente la idea de comprar tarjetas de invitación corrientes y reemplazarlas por estas, para no tener que entregarlas, y así conservarlas para siempre conmigo. Me dio pena imaginar la caja vacía.

Yan Zi invitaría a todas las mujeres de su curso, que en total sumaban catorce con ella incluida. Yo, solo a nueve del mío, o sea diez conmigo, ya que mi colegio era de mujeres, y considerar la posibilidad de invitar a las cuarenta y cinco que somos en mi clase era una locura. Si sumábamos a Agustín, a mis primos Andrés y Alejandro, a las invitadas del colegio y a

nosotras las festejadas, completábamos veintisiete invitados, lo que nos daba un margen de tres tarjetas sobrantes. En ese instante tía Kun Zi nos recordó que Li Ying, la hija del jefe del tío Zu Shou, estaba invitada, y que debíamos reservar una de las tarjetas para ella. O sea, quedaban dos sobrantes, una para cada una, de recuerdo. Nada mal.

Li Ying, la apestosa hija del jefe del tío Zu Shou, no nos cae nada de bien, pues aunque los Li solo vienen en grandes ocasiones, cada vez que lo hacen la chica se dedica a presumir las cosas que le compra su papito, a mirarnos como si fuéramos extraterrestres y a repetir que Ying significa inteligente y que ella lo es a rabiar. Desgraciadamente, esta vez no teníamos cómo zafarnos de ella. Además, la fiesta sería en casa de los Huang.

La última vez que Li Ying vino fue para la fiesta de Año Nuevo chino, en febrero pasado. Llegó con su vestido de terciopelo negro y sus zapatos de charol del mismo color, maquillada y con cartera en el tono, muy coqueta y sonriente. Nos miró por sobre los hombros, de arriba abajo, y no nos dirigió la palabra en toda la noche. Solo nos dijo “hola” y “adiós”. La muy creída. Parecía una cucaracha, toda de negro y con tanto brillo. Estuve a punto de derramarle una bebida en el vestido a la barata esa, y luego disculparme por el accidente, pero me dio miedo imaginar que el jefe se quejara con tío Zu Shou. Él era un pan de Dios, callado y atento. No se lo merecía. Y además, nosotras podíamos controlar a la fiera sin problemas. Era pan comido. De hecho, esa noche fuimos nosotras las que no volvimos a mirarla. El desprecio fue mutuo, por primera vez. Y es que juntas nos sentíamos muy seguras, como un bloque, y ninguna Li Ying lograría hacernos sentir inferiores. Claro que no.

Mientras cerrábamos la lista de invitados, caí en la cuenta de que no tenía una mejor amiga dentro del curso, no sé si porque la vacante la había

ocupado Yan Zi desde pequeñas o porque realmente no había logrado establecer esa conexión, ese cariño infinito y la confianza que hacen falta para considerar a una persona tu mejor amiga, con nadie más. Sentimientos que sí tenía con mi vecina del alma.

Entre mis nueve invitadas hubo cinco que no dudé en considerar mis amigas, y completaron inmediatamente los primeros lugares en mi lista, pero el resto de los lugares fue algo más complicado de escoger. Creo que cuando no tienes verdaderas amigas, cualquiera que ocupe el lugar da lo mismo. Bueno, cualquiera que no sea de aquel infaltable grupito de las pesadas. Esas, ni en la peor de mis pesadillas participarían de mi fiesta. Entonces, el asunto giró en torno a las cuatro restantes, las que finalmente y después de tachar varios nombres, definí por amabilidad. Sí, de acuerdo a lo amables que eran conmigo al invitarme a sus cumpleaños o a sus casas, aunque nunca fuera. Y la lista terminó con Paty Macaya, por haberme invitado a su pijama party, claro.

Dos días antes de la fiesta comenzaron los preparativos. Guacolda empezó por preparar pastas de pollo con diferentes combinaciones para los pancitos, y tía Kun Zi, sus famosos *ba si bai shu*, esos cubitos de camote fritos, con azúcar, que después se enfrían en una gran fuente con agua helada. Deliciosos. Tío Arturo, el hermano menor de mi papá, sería nuestro DJ y ya tenía una selección especial con los éxitos de Elvis, con “Blue Suede Shoes” encabezando la lista. La fiesta sería un éxito. La única incógnita era saber si Agustín vendría a la fiesta o no, y si lo haría disfrazado.

XVI

La mañana del sábado salté de la cama como si me hubieran pinchado la espalda. Estaba muy emocionada. La fiesta era ese día y estaba tan feliz que no cabía en mi cuerpo.

La tarde anterior, mi día real de cumpleaños, vinieron mis abuelas y vecinos a saludarme y tomamos onces todos juntos. Recibí muchos regalos. Yan Zi me escribió una carta preciosa, que decoró con stickers chinos llenos de corazones; la abuela Carmen, un pijama de invierno, el clásico de todos los años; la abuela Iris, un par de botas preciosas, color café chocolate; tía Kun Zi, una bata de seda con estampados chinos, demasiado linda, en tonos calipso y rojo, preciosa; Guacolda, un par de guantes y una bolsa de elásticos azules para el pelo, que en realidad me hacían mucha falta, ya que cada mañana perdíamos mucho tiempo buscando alguno para peinarme, y Agustín..., una lupa. Sí. Una lupa. Creo que era el regalo más raro que me habían hecho en la vida. Pero en fin. Nunca estaba de más tenerla. Tener una lupa. ¿Por qué no?

Después de soplar las velas, y mientras la abuela Iris cortaba los trozos de

torta sobre la mesa del comedor, caí en la cuenta de que faltaban mis papás. Y no sé bien por qué esta vez me dolió tanto. Tuve que correr al baño para llorar. Con la cara enterrada en mi toalla, pude desahogarme y botar toda esa angustia que no me dejaba respirar. ¡No lo entendía! “¡Cómo tanto desamor! ¿Acaso no les importo?”, me repetía una y otra vez.

Después de lavarme la cara y mirarme al espejo, vino lo peor. Tenía la nariz y los ojos rojos, y la boca inflamada. Se notaba que había llorado. ¿Cómo lo disimularía? Estaba frita. Todos se darían cuenta y me preguntarían qué me pasaba, y eso me carga. ¿Y si escapaba por la ventana del baño? Muy infantil. Además, todos se preocuparían. ¿Y si enterraba la cara en la torta, como en la película *Papá por siempre*? No era mala idea. En eso estaba, pensando en cómo esconder la cara, cuando Yan Zi me tocó la puerta y no me quedó más remedio que abrirla.

–Apústrate, amiga. Estamos comiendo tu pastel –dijo sin sorprenderse al verme a la cara.

–Dale, vamos –dije mientras salía.

O ella me quería tanto que no quería incomodarme o realmente necesitaba lentes. Al final, nadie comentó nada y pasamos una tarde muy tranquila. Bueno, hasta que Yan Zi se tropezó con la cartera que mi abuela Carmen tenía en el suelo, y fue a parar en la mesita del teléfono. Pobre, seguro le dolió, aunque lo disimuló muy bien, riendo a carcajadas de pura vergüenza. Lo triste fue que nadie más lo encontró divertido y mis abuelas se asustaron mucho. Por suerte no hubo sangre.

Mis papás llegaron cuando ya estaba acostada, leyendo el final de *Emilia y la dama negra*, de Jacqueline Balcells y Ana María Guiraldes, para el colegio. Al final no les dije nada. Sus caras de frustración no me lo

permitieron.

Al día siguiente, la mañana estaba muy clara. Mientras me pinchaba el dedo y vertía mi gotita de sangre para saber mi índice de glicemia, Guacolda entró a la pieza con un sobre que según ella se encontró en el suelo cuando fue a buscar el diario que llega los fines de semana. Los sábados es su turno de buscarlo; y los domingos, después de preparar el desayuno, el de mi papá. Me encantan los fines de semana: el sábado, porque no hay colegio y queda otro día libre más, aunque mis papás igual trabajen, y el domingo, porque vienen mis abuelas a pasar el día con nosotros. Mis papás se dedican a descansar, cocinan juntos, mi mamá jardineá, mi papá lee y yo me siento regaloneada. Por suerte existe Orieta, que trabaja para ellos en el negocio hace muchos años, y que es de tanta confianza que se hace cargo de atenderlo los domingos. Gracias a ella siento que tengo padres, aunque sea un día a la semana. Santa Orieta.

Era la primera vez que recibía un sobre en mi vida y me pareció demasiado entretenido abrirlo. Pero tenía que inyectarme la insulina primero. Entonces, le pedí a Guacolda que lo dejara sobre mi velador y le anuncié que estaba hambrienta, que por esta vez quería cuatro galletas de agua en vez de tres. Me dijo que no. Que ya había comido torta el día anterior y que la dieta del doctor Vásquez decía tres galletas y que tres me iba a dar. Fome, fome. En fin, era un día muy hermoso para echarlo a perder por una galleta de agua, más aún cuando tenía un sobre con mi nombre escrito a mano esperando por mí en el velador. Esta vez acepté sin reclamar.

Mi glicemia marcó ciento siete, lo que significaba que todo estaba bien. Una vez que ordené el estuche, tomé el sobre, me senté en mi cama y lo abrí. Lo que había en su interior era un papel blanco, doblado en dos. En su interior doblado en dos, que decía: “Señorita Yema: Elvis no podrá asistir

esta noche. No tiene zapatos de gamuza azul. Lo siento. Pero mañana la espera a las once de la mañana en su casa. PD: traiga su lupa”.

En realidad, no me esperaba verlo llegar como Elvis esa noche. Y me pareció encantador de su parte el sobre y la invitación. ¿Le enviaría la misma a Yan Zi? Tenía que averiguarlo. Así es que abrí el clóset, me puse un buzo, las pantuflas chinas bordadas que me regalaron los Huang para mi cumpleaños anterior, y salí de la pieza tomándome el pelo con uno de los elásticos que me regaló Guacolda. Con tal prisa y mala suerte, que al salir choqué violentamente justo con Yan Zi, que venía corriendo con el sobre en su mano. El cabezazo que nos dimos fue tan fuerte que por unos segundos oí que mi cabeza se partía como una sandía cuando se cae al suelo. Inmediatamente se nos puso roja la frente, en el mismo lugar a cada una. Y mientras nos reíamos y quejábamos, la irritación se transformó en un chichón.

La celebración fue todo un éxito, con la mejor selección de temas del Rey del Rock, y las versiones más increíbles y elegantes de disfraces, jopos negros y engominados imaginables. Nos veíamos espectaculares, nos reímos mucho, bailamos y comimos rico. Todas disfrutamos muchísimo. Todas menos Li Ying, quien a pesar de tener el traje de Elvis más vistoso y presumiblemente costoso de la noche, pasó sin pena ni gloria, parada al lado del mesón de los sándwiches, devorándose uno tras otro. Diría que se los comió todos, pero sería una exageración. Vi a un par de chicas tomar

dos. Para qué decir cómo nos veíamos esa noche de fiesta. Fuimos dos Elvis Súper Star, absolutamente divinas, pero con un chichón indisimulable cada una. No lo olvidaríamos jamás.

XVII

Tal como lo planificamos, a la mañana siguiente de la gran fiesta, Yan Zi pasó por mí cuando faltaban cinco minutos para las once de la mañana, con su sobre en la mano, lista para la aventura dominguera. No sé qué se imaginaba que haríamos, la cosa es que venía vestida con un short tipo bermuda color celeste, con amplios bolsillos, una polera lisa y blanca, mocasines de gamuza de color azul y calcetines; un jockey con las iniciales de la compañía china para la que trabaja su papá y una pequeña mochila con una especie de cantimplora con agua. Yo la esperaba lista, con mi lupa y mi colación de media mañana en una bolsita. Había suficiente para los tres: un envase plástico con algunas uvas verdes para mí y un gran racimo para ellos. El doctor Vásquez solo me dejaba comer pocas porque son muy dulces. El tema es que andaba con un vestido de algodón simple y de colores. No me imaginaba que viviríamos una aventura *outdoors*. Así es que le pedí que me esperara dos minutos para cambiarme y quedar lo más parecida a ella. O sea, un short y una polera, mis mocasines de gamuza azul, calcetines deportivos, mi jockey y la mochila de colores que me había regalado la abuela Iris para la última Navidad. Algo es algo, pensé. Al

menos no parecía sacada de un cuento infantil. Mal que mal, ya tenía mis recién estrenados doce años.

Cuando Agustín apareció en su antejardín, venía vestido exactamente igual que siempre, aunque con variación de tonos. O sea, camisa cuadrillé, short de tela y mocasines café con calcetines blancos. La única salvedad era que esta vez traía una especie de sombrero de explorador muy gracioso, que apenas dejaba ver sus lentes.

El día estaba despejado y caluroso. No parecía que estuviéramos en otoño. Con un “buenos días, chicas”, abrió la reja y salió hacia el inicio del pasaje sin decir nada más, ni siquiera algo parecido a “sígueme” o a “vamos a tal o cual lugar”, suponiendo que lo seguiríamos simplemente porque caminaba delante de nosotras. Y lo más gracioso es que lo hicimos.

Al verlo avanzar, notamos que llevaba una mochila bastante abultada en su espalda, y por más que tratamos de adivinar qué era lo que llevaba, ninguna de las dos acertó. Ninguna pudo imaginar que una de las muchas cosas era un insectario. Y uno real. Así, obedientemente, lo seguimos hasta un parque que quedaba como a diez cuadras del pasaje, a pleno sol. En pocos minutos ya estábamos debajo de un ciruelo, analizando con mi lupa cada uno de los bichos que Agustín traía en su insectario. Qué lo hizo suponer que algo así sería interesante para nosotras, nadie lo sabe. La cosa es que nos tuvo en cuatro patas buscando un ejemplar de tijereta durante toda la mañana, que finalmente solo él encontró, obviamente. Una vez que pinchó al insecto oscuro con pinzas diminutas y lo metió en el insectario, abrió su mochila nuevamente, sacó un género doblado en varias partes, lo estiró y nos invitó a comer la colación. Así, Yan Zi sacó su cantimplora, yo puse la bolsa con mi cajita con uvas y el gran racimo para ellos, y él, tres latas de Coca-Cola, un paquete de galletas de champaña y otro de obleas de

vainilla. Lentamente fui comiendo mis uvas, una a una, para que no se me terminaran pronto. No pude comer nada más.

–¿No te gusta la Coca-Cola? –me preguntó al ver mi nulo interés en ella, y a Yan Zi que se la bebía sin piedad.

–No puedo tomar bebidas azucaradas.

–¿Quién no puede?

–Yo.

–¿Estás a dieta?

–No.

–¿Enferma de algo? –lanzó pensando que mi respuesta sería negativa.

–Tengo diabetes.

–¿Diabetes?

–Sí. Tipo 1.

–O sea, ¿eres insulino dependiente?

–Sí.

–Discúlpame, por favor. No fue mi intención. Es que... jamás imaginé... nunca había conocido a una persona diabética. Había leído mucho sobre el tema, sobre las células beta, la hiper e hipoglicemia, pero nunca conocí a alguien diabético –agregó, como si le pagaran por decir la mayor cantidad de palabras en menos segundos. Parecía una ametralladora disculpándose.

–No te preocupes. No hay problema –comenté.

Yan Zi no hablaba, solo tragaba.

–¿Y cómo lo vives? –preguntó sin saber qué más decir.

–Como cualquier persona, solo que con cuidados especiales.

–¿Te molesta si te pregunto más? Me apasiona –continuó, casi lanzándose sobre mí, con demasiado interés en obtener información.

–No, dale. Pregunta lo que quieras –respondí sin saber qué más decirle, que no fuera a desanimarlo. Este chico sí que me descolocaba.

–¿Cuál es el límite de glicemia que puedes tener en una medición? –preguntó con los ojos abiertos. Podía verme reflejada en ellos.

–El rango va entre setenta y ciento veinte miligramos de azúcar por decilitro. No puedo tener menos de setenta porque si no empiezan los síntomas de hipoglicemia –agregué.

–¿Si no?

–Si no, empiezo a sentirme mal, hasta perder el conocimiento.

–¿Tan así? ¿Y... y cómo hay que ayudarte? Digo, pensando en qué hacer si algún día te sientes mal estando con nosotros.

–Cuando me pongo hipoglucémica, o sea cuando me falta el azúcar, me baja la presión y empiezo a sentir que la gente me habla desde muy lejos. Lo puedes notar fácilmente porque quedo como congelada y sin expresión. En ese minuto hay que evitar que me desmaye, entonces tienen que sacar de mi bolso la bebida con azúcar que traigo siempre y dármele. Si ven que comienzo a reaccionar, no dejen de dármele. La idea es que me la tome completa. Pero si no es posible que yo trague la bebida, no me ahoguen... Tomen un poco de mermelada o rompan el sachet de caramelo que siempre traigo, lo untan en un dedo y me lo pasan por las encías. Así evitan que quede en shock –expliqué, tratando de no asustarlo.

–Claro, claro, cómo no. Cuenta con eso –dijo Agustín, mientras Yan Zi comenzaba a tener los ojos húmedos por su evidente angustia ante la posibilidad de tener que enfrentarse algún día a una situación así, pese a que tenía absolutamente claras las instrucciones.

–Ahora –continué–, si lo que ocurre es que me pongo hiperglicémica, o sea, con exceso de azúcar en mi sangre, puedo caer en un coma diabético.

–¿Y eso qué significa? –preguntó con algo de miedo y temblor en su voz.

–Que si comienzo a hablar en forma extraña o incoherente, llévenme a un hospital lo antes posible. Tengo una placa grabada que dice que soy diabética –dije mostrándosela.

–¿Y cómo lo haces para mantenerte al medio?

–Uf, trato de regularlo con la dieta. Es una lata. Por eso, trato de comer lo más balanceado posible. Aunque no te niego que a veces me salgo. Soy ser humano.

–¿Y en qué cosas te sales?

–Bueno, llevo una vida sin azúcar, para empezar. Pero, una vez a la semana me tomo un helado o me como un hot dog con lo que quiera, bien chanco.

–Estoy impresionado. O sea, lo que quiero decir es que bueno, yo... creo que eres una chica muy madura, o sea, tienes una enfermedad como esa y... bueno, no quiero que parezca que yo... en fin, me dejaste impresionado –dijo.

–Tranqui –respondí.

–También admiro a China –se dirigió a Yan Zi–. Admiro profundamente

tu cultura milenaria y a cada uno de sus miembros.

–Dracias –dijo Yan Zi, cerrando los ojos en señal de cariño.

–¿Y qué es de tu vida? ¿Con quién vives? –me aproveché.

–Vivo con Alicia, mi mamá, y con Maricarmen, mi nana de toda la vida.

–¿Tu mamá drabaja? –preguntó Yan Zi, con tanta o más curiosidad que la mía, aunque con la boca llena de galletas.

–Ahora no. Alicia es psicóloga, pero desde que Alfonso la dejó ha estado muy deprimida. Está en tratamiento psiquiátrico, con medicamentos y terapia –respondió como el viejo chico y maduro que es. Sin arrugarse.

–¿Quién es Alfonso? –preguntó Yan Zi.

–Mi papá.

–¿Y por qué los llamas por sus nombres? –pregunté.

–Porque son sus nombres –respondió sin más.

–¿Y cómo lo hacen para organizarse y vivir? –agregué. Estaba muy interesada en saber los detalles.

–Bueno, Alfonso nos deposita una mensualidad que alcanza justo para pagar el arriendo, el supermercado, la nana y las cuentas. Me cambié a un liceo fiscal, así es que podemos organizarnos.

–¿Organizarnos? ¿Tú y quién más? –repliqué sorprendida. Me estaba dando cuenta de que la casa la llevaba él, un chico de casi once años. Una locura.

–Yo y Maricarmen llevamos la casa. Con el acceso al banco en línea, en Internet, pago las cuentas de la casa; hago la compra del supermercado en

forma virtual, la que llega una vez al mes en un camión; hago una transferencia para pagar el arriendo a un señor Rodríguez y a la cuenta RUT de mi nana para su sueldo. Alcanza justo. Sobran algunos miles para extras y sería todo.

–¿Todo eso lo haces tú? –repetí, como si fuera sorda.

–Claro. Hoy, con Internet, no hay por qué complicarse.

–¿Y quién paga el dratamiento de tu mamá? –preguntó Yan Zi.

–El Estado, por supuesto. Está en el AUGE.

–¿AUGE? Y qué... –pregunté sin comprender lo que decía.

–Plan AUGE: Acceso Universal a Garantías Explícitas en Salud. ¿No lo han escuchado?

Quedamos mudas y aún sin entender una sola palabra de aquella frase enredada.

–¿En qué planeta viven, señoritas? En fin, en palabras simples significa que mi mamá, y cualquiera que se atienda por el AUGE, recibe la atención en salud, los procedimientos y los medicamentos absolutamente gratis.

–¿Dratis? –preguntó Yan Zi con su boca abierta de siempre.

–Gratis –respondió, aburrido de dar explicaciones demasiado obvias para él. Se le notaba en la cara.

–¡Impresionante, tienes todo controlado, Agustín! Te pasaste. ¿Tu papá sabe que lo haces? –pregunté impactada.

–No creo. No sé, ni me interesa. A Alfonso no volví a verlo más. Desde el día en que dejó a Alicia por otra mujer, no supimos más de él. La última vez

que lo vi fue el día que dejamos la casa de Vitacura, con el camión de mudanzas cargado con una pequeña parte de lo que había en nuestra casa cuando vivíamos juntos, y nos subimos al taxi con Alicia y Maricarmen, para venimos a esta casa. De eso, hace ya más de dos meses.

–¿Y por eso tu mamá está así de triste? –pregunté.

–No está triste. Lo que a Alicia le pasó es que su separación le gatilló un trastorno depresivo mayor, eso que las personas llaman livianamente depresión. Para tratarla requiere tomar psicofármacos.

–¿Psico qué? En español... –refunfuñó Yan Zi.

–Psicofármacos son remedios psiquiátricos que la hacen sentir mejor.

–Entiendo, entiendo –dije por decir algo.

Lo cierto es que no entendía nada de lo que tenía su mamá, menos de lo que tomaba, pero parecía muy grave.

–¿Entonces, quién manda en tu casa? –preguntó Yan Zi con los ojos demasiado abiertos y las cejas nuevamente arriba.

–¿Mandar? Nadie. Yo simplemente administro, que es diferente. Maricarmen se ocupa de la casa, y Alicia se cuida y se trata. Eso es todo. Esa es mi familia hoy. Y como dicen en la tele: “es lo que hay”.

–Estoy impresionada con tu vida, Agustín. Si me permites decírtelo, con mucha humildad, te admiro. Con casi once eres dueño de casa, administras todo, cuidas de ti y de tu mamá –dije con ganas de llorar, no sé bien por qué.

–No es necesario –reaccionó.

–Cladro que sí. Edres un ejemplo, y estamos muy contentas de... –agregó



Activar Windows

Ir a Configuración de PC para activar Windows.

Yan Zi haciendo pucheros y sin poder terminar.

–El agradecido y orgulloso soy yo –dijo, mirándonos seriamente, como quien hace un pacto.

Así, después de tremenda declaración de admiraciones mutuas, levantamos el picnic y volvimos a la casa a almorzar. Como siempre, Yan Zi se tropezó con una piedra y cayó de boca al suelo. Por suerte solo se vino a la casa con la pera y las rodillas rasmilladas. Al llegar, tía Kun Zi ni siquiera se impresionó al verla magullada. Simplemente limpió las heridas en silencio, con algodón untado en unas agüitas naturales y aplicó hielo en la pera para que no se ganara otro chichón.

Como era domingo, cada uno almorzó en su casa, con su familia. Es el único día libre de la semana para mis papás. Y siempre tratamos de sacarle el jugo, a veces jugamos carioca loca con las abuelas, cocinamos panqueques o simplemente salimos a caminar por el barrio.

Es mi día favorito.

Mientras ponía el mantel en la mesa del comedor, pensé en Agustín, en su pieza ultra mega ordenada, y hasta pude verlo pegando etiquetas en nuevas cajas plásticas para guardar quién sabe qué.

La tarde pasó volando y, sin darme cuenta, ya era de noche. Otra noche de domingo.

En la noche, después del beso en la frente, mi mamá apagó la luz de mi pieza y salió. Me hubiera gustado que se quedara conversando conmigo un rato. Pero seguramente estaba cansada. Igual me dio pena.

Y ahí me quedé, a oscuras, sola conmigo, y cuando el silencio reinó en la casa, recordé algunos momentos vividos durante esa tarde familiar, a las

abuelas reclamando durante el juego de naipes, a mis papás sirviendo las onces y riendo, y de pronto me sentí muy afortunada con la vida que tengo, a pesar de todo, de esta enfermedad que demanda tantos cuidados, de esta vida sin azúcar pero que en realidad es hartito dulce igual, del sacrificio diario que hago para sentirme medianamente normal, como los demás, y de esta extraña sensación de soledad que a veces aparece sin que se lo pida. Busqué en mi mente las sonrisas de mis abuelas, las imaginé bailando conmigo, a lo Elvis Presley, hasta que al fin me dormí. De seguro sonreía.



Activar Windows

Ir a Configuración de PC para activar Windows.

XVIII

Durante las últimas semanas, Agustín había comenzado a tomar las onces en mi casa los días de colegio. Era el primero en volver cada tarde, y empleaba ese tiempo en hacer sus tareas para quedar libre. Así, cuando llegaba la hora de reunirnos, él ya estaba listo. Por suerte Guacolda le había tomado un cariño muy especial, ya que según ella era igual a Pelayo, su hermano menor que vive en Lanco con su familia, y que es de la misma edad. Estábamos arreglados con esa similitud.

La relación entre los tres estaba tan interesante y nutritiva, que aparte de las onces en mi casa de lunes a viernes, cada sábado Agustín nos invitaba a su casa al atardecer, nos hacía subir al techo de la cocina por una escalera metálica que había dispuesto desde el patio trasero, con barandas y todo, y había comenzado a enseñarnos astronomía.

–Tienen que ver la Luna, sus cráteres, valles y ríos, pero cuidado con la intensidad de la luz. Podrían sentir incluso dolor en el fondo del ojo – insistía.

Y aunque nuestro sueño era poder ver una estrella fugaz, según Agustín

eso era prácticamente imposible, pues cuando el meteorito entra en la atmósfera terrestre, la fricción que crea genera una traza de luz que rápidamente se desintegra. Incluso si tuviéramos esa suerte, ocurriría tan rápido que no alcanzaríamos a advertirlo, porque hay que tomar en cuenta además la velocidad por el aumento del telescopio... o sea, mucho más rápido. Nos conformamos con las constelaciones de Orión, las Pléyades, Tauro, Escorpio, Alfa, Beta y Centauro. Nada mal.

El telescopio de Agustín era de Alfonso, su padre, quien lo inició en la astronomía desde muy pequeño. Pocos meses antes de la separación, su papá se había comprado uno mucho más potente y computarizado, por lo que el día de la mudanza, él mismo puso la pesada caja del viejo telescopio en el camión, para que Agustín lo conservara. “Todavía no sé si fue un gesto de cariño o una manera de deshacerse del viejo aparato”, comentó Agustín, “pero sea cual sea la razón, ahora está aquí, para que podamos admirar el universo que nos rodea”, agregó la primera noche sobre su techo, después de relatar la historia.

Llevábamos varios sábados tratando de ver la nebulosa de Orión a través del telescopio, sin embargo la luz de la ciudad no nos permitía lograrlo. Por lo general y para no desanimarnos, terminábamos abrigándonos y jugando naipes en el techo, gracias a la luz del farol del pasaje, que se ubicaba justo sobre nuestras cabezas y frente a la casa de Agustín.

–Tengo una idea –dijo Agustín una noche–. Tenemos que ir al Cajón del Maipo para conseguirlo, para ver la nebulosa de Orión. He leído que en San Alfonso varios astrónomos lo han logrado, por lo prístino del cielo –aseguró el último sábado, durante el partido de naipes.

–¿Prístino? –pregunté con vergüenza por la ignorancia.

–Prístino, puro, limpio... –respondió con poca paciencia.

–¿Cajón del Maipo, San Alfonso?

–Exacto. El Cajón del Maipo es un cañón andino ubicado en la zona suroriental de la Región Metropolitana. Corresponde a la alta cuenca del río Maipo, y tanto su altura como sus cielos son ideales para la observación astronómica –agregó, y mientras lo hacía y lo oía hablar, me parecía estar escuchando al señor Manríquez, el profesor de Geografía.

–¿Y cómo llegamos allá? –preguntó mi amiga.

–Ese es el detalle. Un enorme detalle. No hay cómo llegar sin auto.

–Mis papás viven en su propia burbuja ocupada, tus papás no conocen la zona y tu mamá –dirigiéndome a Agustín– no tiene auto.

–¿Qué tal tu abuela Idris? –sugirió Yan Zi.

–Qué inteligente, amiga. La abuela Iris es la única persona que podría llevarnos.

–Excelente. Somos un gran equipo –gritó emocionado nuestro amigo de casi once–. Pero... tenemos un problema... uno grave. Mi telescopio no es desmontable. Entonces, no podemos trasladarlo así como así y volver a traerlo. Ni se imaginan lo que cuesta calibrarlo.

–¿Y dónde conseguimos uno así? –preguntó Yan Zi afligida.

–Alfonso tiene uno –dijo.

–Fantástico. Problema resuelto –agregué feliz.

–No es tan fácil. No he sabido nada de él desde el día de la mudanza. Solo veo su depósito en la cuenta de mi mamá por Internet cada comienzo de

mes. No tengo ganas de llamarlo para pedirle un favor, cuando él ya se olvidó de nosotros.

–¿Cómo sabes que se olvidó? –lo interrumpí.

–Claro que se olvidó. Es obvio, ¿no creen? –respondió enojado.

–No lo sabemos. ¿Y si le pasó algo? –preguntó Yan Zi.

–¿O si está triste, como ustedes? –agregué.

–Yo no estoy triste, Yema –dijo enojado. Se notaba que le dolía hablar de eso.

–Tienes razón, no es fácil –agregué consciente de que se trataba de una situación difícil de conversar. El juego se había paralizado.

–Y si tiene vedregüenza... –aventuró Yan Zi.

–No sé. Alfonso no es un hombre tan sensible. Pero en fin. Lo voy a pensar y luego les cuento –terminó, para cerrar el tema y continuar con el carioaca loca–. Mientras, llama a tu abuela Janis para ver si se anima.

–Iris –dije.

–Eso, Jade, Janis, Iris, suenan igual.

–¿Tú crees? –pregunté asombrada por el nulo oído musical y la incapacidad de Agustín para retener nombres.

–Como sea –dijo y se rio–. Tu abuela.

Esa misma noche llamaría a la abuela Iris. Era la abuela más colaboradora y dispuesta del planeta. Y yo, su única nieta. ¿Qué mejor? El tema es que había que organizarlo cuanto antes, pues el otoño avanzaba y la época estival era la mejor para ver la nebulosa de Orión sobre nuestras cabezas. Si teníamos suerte, lo lograríamos. Si no, tendríamos que esperar hasta el próximo verano. Y eso era demasiado tiempo para nuestras mentes ansiosas. Si la abuela aceptaba, solo nos quedaba conseguir permiso de nuestros padres. Bueno, los míos y los de Yan Zi. Agustín solo avisaría en su casa. Eso estaba claro.

XIX

Es sábado estaba lloviendo. Por lo tanto, no había posibilidad de subir al techo. Fome, fome. En su pieza, Agustín caminaba en círculos imaginando cómo acercarse a su padre para conseguir prestado el telescopio portátil ultraliviano, y nosotras lo mirábamos desplazarse, sentadas sobre su cama. No volaba una mosca y ya empezábamos a sentir un poco de frío. En eso, la puerta de la pieza se abrió de pronto, y ambas dimos un brinco de susto, seguido de un grito porque en esa casa reinaba el silencio más absoluto siempre que visitábamos a Agustín.

Era la mujer delgada, Alicia. Con la cara llena de vergüenza tuvimos que saludar a la mamá de Agustín, que se asomaba por la puerta con el pelo revuelto y en bata de dormir.

—¿Qué están haciendo, niñitos? —preguntó con un volumen de voz casi imperceptible.

—Nada —dijo Agustín, deteniendo su paso.

—¿Les preparo algo rico para comer? —nos preguntó con naturalidad, como

si lo hiciera todos los días.

—¿Algo rico? —preguntó nuestro descolocado amigo, con tono de incredulidad. Estaba claro que esa oferta era nueva para él—. Claro, Alicia, si tú quieres cocinar, no hay problema.

—¿Papas fritas? —ofreció ella.

—Claro, papas fritas —siguió él, absolutamente anonadado. No daba crédito a lo que veían sus ojos y escuchaban sus oídos después de tantos meses de confinamiento.

—¿Y no me vas a presentar a tus amigas? ¿Son compañeritas del colegio?

—No. Son nuestras vecinas: Ema y Yan Zi —no podía creer que sabía perfectamente nuestros nombres. Eso quería decir que todo el tiempo nos tomaba el pelo. Vaya humor del genio este.

—Encantada, soy Alicia, la mamá de Agustín. Me alegra saber que son amiguitos —agregó la mujer, que insistía en llamarnos “amiguitos”—. Bueno, voy a prepararles las papas fritas—dijo y cerró la puerta.

En ese momento ambas dirigimos nuestras miradas a Agustín, esperando su reacción, que dijera algo, cualquier cosa, que esbozara una sonrisa por este gran signo de recuperación de su mamá, o al menos una mueca de interrogación por la sorpresa recibida. Pero nada. El niño genio continuó caminando en círculos hasta que apareció Alicia con una fuente plástica color azul, repleta de papas fritas bañadas con ketchup.

—Ya, niños, les dejo la fuente. Cualquier cosa voy a estar en mi pieza —dijo.

—Gracias, tía —dijimos ambas al unísono.



Activar Windows

Ir a Configuración de PC para activar Windows.

–No me den las gracias ni me digan tía. Simplemente, llámenme Alicia –dijo sonriendo. Acto seguido, salió del dormitorio y cerró nuevamente la puerta.

No volvimos a ver a Alicia hasta el sábado siguiente, cuando fuimos a buscar a Agustín para ir a su techo. Estaba despejado y no queríamos perdernos nada. Fue ella quien nos abrió la puerta principal y nos saludó, sin recordar nuestros nombres, claro. Al menos estaba vestida. Llevaba una blusa estampada con flores pequeñas con fondo rosado, jeans y zapatillas deportivas. Estaba peinada e incluso olía rico.

–Hola, niñas. Agustín viene al tiro. Pasen –dijo con una sonrisa.

–Gracias –contestamos, y entramos para esperarlo en su living semivacío.

–¿Van a subir al techo otra vez? –preguntó Alicia con curiosidad.

–Sí. Queremos ver la nebulosa de Orión –respondimos con entusiasmo, sentadas juntas en el único sofá de dos cuerpos que había en el living.

–Pero es muy difícil verla desde aquí. Tendrían que ir a una cota mil, por lo menos. ¿No se los dijo Agustín? –preguntó intrigada, mientras sacaba las hojas secas de la única planta que había en la casa, al lado del puf de cuero color café.

–Sí, nos dijo, pero como no tenemos un telescopio portátil para ir al Cajón del Maipo, a Peñalolén o al camino a Farellones...

–¿Y tienen a alguien que los lleve? –preguntó con interés.

–Sí, mi abuela Iris puede –respondí.

–Telescopio portátil... nebulosa de Orión... Cajón del Maipo... Muy bien, déjenmelo a mí –dijo como pensando en voz alta.

Quedamos mudas ante la posibilidad real de que ella pudiera ayudarnos.

–En mis tiempos de casada conocí a muchos astrónomos aficionados. No les prometo nada, pero voy a tratar de conseguir uno. Tal vez me animo y llamo a Alfonso. Los milagros existen, ¿no? –terminó sonriendo, sosteniendo entre sus manos las hojas amarillas.

Era evidente que esta señora estaba comenzando a mejorarse de ese trastorno del que había hablado Agustín. En eso apareció él, con sus lentes ópticos y el ceño fruncido.

–¿Listas para subir? –dijo sin saludar ni nada. Al parecer ese día no estaba lo que se dice de buen humor.

–Listas –respondimos al unísono, como esas muñecas a pilas con voz de robot.



Activar Windows

Ir a Configuración de PC para activar Windows.

XX

Esa tarde de viernes me bajé del furgón escolar a la entrada del pasaje como siempre. Venía muerta de calor y de hambre. Un hambre que me tenía algo descompuesta. Llevaba el chaleco azul amarrado a la cintura. Para ser inicios de mayo, la temperatura era inusualmente alta. Sin dejar de caminar, abrí la mochila y saqué un caramelo de miel para reanimarme. En la casa comería un pan pita con lo que fuera. Los carbohidratos tienen un efecto más prolongado que el azúcar.

Para variar tenía un montón de tareas. Últimamente los profesores se habían puesto de acuerdo para colapsar nuestras vidas. Lo bueno de todo es que al fin era viernes. Tomaríamos las onces como siempre con Yan Zi y Agustín, y después me concentraría en el dictado de inglés que tendría al lunes siguiente. No quería pasármela encerrada el fin de semana estudiando. Seguro que Yan Zi tenía muchas tareas también. Genial, nos acompañaríamos estudiando, iríamos a natación y volveríamos a jugar. Esta noche sería diferente. Por primera vez Agustín iría a comer a casa de los Huang. Sería muy especial, como esta amistad que tenemos.

Desgraciadamente, no pude aguantar la llegada de mis vecinos para las onces y no tuve más remedio que adelantarme. No me sentía bien. Guacolda se dio cuenta de mi mediano apuro y malestar, y mientras yo abría el pan pita, rápidamente lavó y se puso a rebanar un tomate. Después, sacó la caja de leche del refrigerador, y mientras yo introducía tres pequeñas rebanadas de tomate en el pan frío, ella vertió la leche en mi vaso. Yo ya daba el primer mordisco sin esperar a echarle sal ni el chorrito de aceite de oliva clásico. Y luego el segundo, el tercero y así hasta el octavo y último. En ese minuto recién logré volver a ser yo, a sentirme bien y a sentarme en la cocina y articular alguna frase de cortesía y amabilidad.

—Gracias, Guaco. Me salvaste. Venía mal.

—Me di cuenta cuando la vi aparecer. Traía esos ojos urgentes, como los llamo yo.

—Sí. Hace días que ando un poco rara.

—Entonces, cuénteles a la señora Gloria. Mire que no es nada chiste lo que tiene —me ordenó con ese tono de preocupación típico de ella.

—El fin de semana le cuento. Gracias, Guaco. Cuando lleguen los demás, me avisas. Voy a estar en mi pieza. Tengo un cerro de tareas.

—Yo le aviso. Si se siente mal me pincha el celular, ¿bueno?

—Ok. Tranqui. Me siento muy bien ahora. ¡Lo juro!

La tarde pasó volando entre tanta tarea y estudios. Volvimos de natación cerca de las siete de la tarde, cuando los Núñez regaban su antejardín y su huerto. Al vernos avanzar, la señora Núñez tomó dos bolsas y se dirigió hacia nosotras. Entonces, mi cerebro trabajó rápidamente y recordó que el año anterior, más o menos en esta fecha, nos habían regalado naranjas. Y

así fue.

–Hola, niñas. Tomen, una bolsa para cada una –dijo, extendiéndolas hacia nosotras con amabilidad.

–Muchas gracias –respondí.

–Dracias –continuó Yan Zi.

–A mí no: a la madre naturaleza. Vayan, niñas. No se enfríen.

–Cla... claro –respondimos juntas.

La señora Núñez nos sonrió y se devolvió hacia su casa. Ahí me di cuenta de que andaba descalza. Cuento corto, cada una se fue a su casa a tomar un buen baño. Comencé a secarme el pelo con el secador, pensando en los Núñez, y en que estábamos por comer donde los Huang, con Agustín incluido, cuando apareció el protagonista de la noche, sin previo aviso, en mi pieza.

–Hola. Vine porque quiero que me enseñes cómo saludar a los padres de Yan Zi cuando vaya a su casa.

No puedo negar que me sobresalté. No esperaba verlo en mi pieza. Justo en ese momento entró también mi amiga. Por suerte, pensé. Entonces, Agustín repitió la pregunta, esta vez a Yan Zi.

–Con un hola es suficiente –dijo ella con relajo.

Pensé que era una broma, pero después comprendí que no.

–En chino, si eres tan amable –replicó el niño genio.

–Oh, en chino: ni hao.

–¿Ni jau?

–No. Ni hao. No es jota, es hache.

–Ni hao –repitió Agustín.

–¡Bien!

–¿A qué hora?

–En cinco minutos.

–Una última cosa –agregó Agustín.

Yan Zi lo miró esperando la pregunta.

–¿Cómo me despido de ellos? Y no me digas chao –dijo sin mucha paciencia.

Esa tarde estaba hecho un nudo ciego, un atado de nervios. No podía creer que la cena donde los Huang lo tuviera así de nervioso.

–Ok, dices zai jian.

–¿Jackie Chan?

–No. Zai jian.

–Era broma. Ya lo tengo: zai jian.

Todos reímos.

–Muy bien. ¿Vienes con nosotras?

–No. Tengo que pasar a mi casa un minuto. Ya las alcanzo –respondió, mientras comenzaba a caminar hacia la salida.

Los olores ya se paseaban como Pedro por su casa frente a nuestras narices. Y sin esperar un segundo más, con Yan Zi partimos a casa de los Huang a ayudar a tía Kun Zi, quien salteaba en un gran wok todos los

vegetales que acompañarían el cerdo que colmaba una enorme fuente, picado, frito y reservado. Pusimos la mesa y fue extraño incluir un puesto más. Tía Kun Zi terminó la preparación justo cuando llegaba tío Zu Shou a casa. Agustín llegó un par de minutos después, saludó a los tíos chapoteando sus primeras palabras en chino, entregó una barra de chocolate a la dueña de casa y se sentó a la mesa. Venía demasiado peinado y olía muy bien, como mi papá por las mañanas, en el auto. ¿Cómo se arregló en tan poco tiempo?

Antes de comenzar a comer, Yan Zi tomó su vaso con agua para hacer un brindis, comentó lo feliz que estaba de tener a su nuevo amigo Agustín cenando en su casa, agradeció a su mamá la cena y terminó con un salud, a lo que sus papás y yo respondimos con un gan bei. Seguro que Agustín lo registró rápidamente en su disco duro mental. Por supuesto, el niño genio no desperdició la oportunidad de hacer su propio brindis, como el viejo chico que es. Y para ello, se puso de pie y, en actitud muy seria, se dirigió a los comensales:

–Esta noche, quiero permitirme alzar este vaso para brindar. Brindar por esta maravillosa cena que la señora Huang amablemente preparó para nosotros. Y por esta hermosa amistad que ha nacido entre los tres, en la que cada uno aporta en su diferencia –dijo con el tono más solemne que había escuchado en mi vida salir de la boca de un niño. Un niño que si no era Presidente de la República cuando grande, tendría que convertirse en animador de televisión. Eso estaba claro.

–Yo quiero decir que más que una amistad..., lo nuestro es una verdadera hermandad –agregué entusiasmada, alzando mi vaso con agua igual que los demás, aunque sin levantarme de la silla como Agustín.

–De la nebulosa de Orión –sentenció Yan Zi con una voz quebrada, muy

emocionada y con los ojos empañados, como siempre que algo la conmueve.

–¡Por la Hermandad de la nebulosa de Orión! –insistió Agustín, y todos repetimos la misma frase y bebimos el agua.

Esa noche fue excepcional. Igual que la cena. Comimos tres platos diferentes: cerdo salteado en aceite con ajo, cebollín, jengibre, apio, champiñones, arvejas y papas, todo aliñado con vinagre de arroz, sal y azúcar. Otro, consistente en una especie de guiso de pepino de ensalada, pelado y cortado en rodajas delgadas, salteado en un poco de aceite, gotitas de sucralosa –por mí– y sal, mezclado con huevos revueltos, todo caliente; y un último plato con alas de pollo, salteadas en especias, ajo, ají y jengibre, de lo más picante pero sabroso. Y arroz blanco como base, por supuesto, sin aliño. No sé cuánta resistencia al ají tendría nuestro amigo, el hecho es que con la ayuda de su vaso con agua, el que se bebió a sorbos pequeños y seguidos, comió toda la carne de sus alitas de pollo.

Mientras tío Zu Shou lavaba la loza en la cocina y tía Kun Zi ordenaba todo, Yan Zi le mostró a Agustín la obra de arte de su papá. Y como era de esperar, nuestro amigo genio quedó loco. No podía creer lo que veía ni despegar sus ojos de la escultura. Tanto rato, que tuve que acercarme a él y pedirle que saliera de su hipnosis porque era tarde y quería irme a acostar a mi casa. Entonces, como salido de un cuento de niños, apareció tío Zu Shou con una figurita de madera tallada para cada uno, de regalo. La de Agustín era un niño chino que llevaba una caña de pescar al hombro con un pez colgando. La mía, una niña con vestido y chapes, con un libro abierto entre sus manos. Ambos saltamos de alegría y nos despedimos. Fue una noche inolvidable. Aunque no era la primera vez que recibía una de esas piezas de regalo. Tío Zu Shou siempre me regalaba figuritas. En mi pieza ya tengo una colección completa de niños y niñas en una de mis repisas. Algunos con globos, otros en bicicleta, triciclo, patineta, y la figura más linda, una ronda de cinco niñas, preciosa, con todos sus detalles.

XXI

Floto de espaldas, con los brazos abiertos y las piernas extendidas, concentrada únicamente en flotar, percibiendo apenas una especie de zumbido acuático en mis oídos inundados. Entonces el frío desaparece, floto temperada y me transformo en agua en movimiento.

Floto como un todo.

Floto para sonreír y esperar. Para sentir que soy capaz. Para absorber su tibio poder. El poder que necesito para continuar.

Floto para continuar.

XXII

Empecé a sentirme mareada. Mis manos transpiraban helado y de pronto dar un paso más me pareció titánico, de un esfuerzo incalculable. Era la señal. La de la descompensación, que venía de la mano de la ruina de nuestra misión astronómica. ¿Tenía que ocurrir hoy?

Esa mañana la abuela Iris llegó después de las nueve a buscarnos. Venía con una sonrisa tan amplia que parecía modelo de pasta dental. Se había puesto jeans y zapatillas. Muy ad hoc con el paseo. Cuando mis amigos entraron a mi casa con sus cosas, su rostro se iluminó aún más. Estaba encantada con la idea de llevarnos.

Como a las diez, y antes de subir al auto, con la maleta ya cargada, la abuela nos entregó una caja de zapatos y nos pidió abrirla antes de emprender el viaje. Extrañados, la apoyamos sobre el auto y decidimos abrirla.

—¡Abuela, un CD con los éxitos de Elvis! Muchas gracias —le dije mientras me lanzaba a sus brazos.

—Un viaje tan importante no puede hacerse sin su música, ¿no les parece?
—contestó rodeándome con sus brazos calientitos.

—Gracias, abue.

—De nada, tesoro. Pero aún hay más. Mira —me indicó estirando sus ojos hacia la caja.

Efectivamente, había un envase de vidrio con frutillas y moras, otro con galletones de avena con almendras y varias cajitas de jugo sin azúcar. Y así, con “Hound Dog”, emprendimos el viaje.

You ain't nothin' but a hound dog cryin' all the time.

You ain't nothin' but a hound dog cryin' all the time.

Well, you ain't never caught a rabbit and you ain't no friend of mine.



Activar Windows

Ir a Configuración de PC para activar Windows.

XXIII

Había resistido de lo más bien el gran viaje hacia el Cajón del Maipo en el auto de mi abuela, con mis mejores amigos, muchas colaciones y un gran picnic que disfrutaríamos más tarde debajo de algún árbol en medio del camino. Todo con nuestro Elvis como música de fondo. ¡Qué mejor!

Al fin había llegado nuestro día tan esperado. Todo había resultado perfecto. Mi abuela aceptó el desafío; los padres de Yan Zi le dieron permiso, y la mamá de Agustín no solo consiguió el telescopio portátil sino una salida de Agustín con su papá a tomar helados.

Pasamos Las Vizcachas, La Obra, Las Vertientes, El Canelo y llegamos a El Manzano como a las once de la mañana. Nos estacionamos por ahí y comimos la colación. Yo, francamente, la necesitaba mucho, y una a una fui devorando las frutillas y moras, a las que mis amigos les dieron poca importancia. Ellos se inclinaron por los galletones y por las negritas que aportó Agustín. El desayuno había sido muy temprano y yo moría por comer.

Una hora después ordenamos todo y seguimos. La idea era llegar a la cota

mil, en San José de Maipo, antes del almuerzo.

Al fin llegamos, nos estacionamos en un lugar que se veía bastante cómodo para instalarnos. Como Elvis estaba en pleno “Jailhouse Rock” decidimos esperar a que terminara el tema, para bajarnos.

Let's rock, everybody, let's rock. Everybody in the whole cell block, was dancing to the jailhouse rock.

Tarareamos por un buen rato el estribillo después de dejar atrás el auto. Comenzamos la caminata, buscando el mejor metro cuadrado a la redonda para instalarnos y empezar la esperada aventura espacial. Así, anduvimos sin parar un buen rato, sin advertir que el tiempo pasaba volando. Lo peor de todo es que olvidé por completo tomar algún tipo de líquido durante todo ese lapso.

Repentinamente las cosas se pusieron feas y mucho antes de comenzar nuestra clase magistral de astronomía en terreno. Mucho antes siquiera de encontrar el lugar ideal para armar el telescopio.

–Cuá... cuánto tiempo más cami... naremos... –pregunté evidentemente agotada y con mucha dificultad para modular.

–¿Te sientes mal? –preguntó Yan Zi, que me conocía muy bien y sabía que jamás me quejaba de más.

–Tomemos un descanso –ordenó la abuela, con cara de asustada, al ver que Agustín seguía caminando sin advertir nada.

–¡Amiga! –gritó Yan Zi, que ya se había dado cuenta de que algo me estaba pasando. Aunque yo estaba como congelada, sin entender que realmente estaba entrando en un shock.

–Mijita, ¿puedes hablar? –me preguntó la abuela, con cara de terror.

Quién sabe qué cara tendría yo en ese minuto. Lo peor fue que no pude articular ni una sola palabra más para calmarla. De pronto advertí que todos me miraban con preocupación. Rápidamente traté de gritar azúcar, pero no alcancé a abrir la boca y me desplomé en el suelo.

Tirada sobre la tierra y semiconsciente como estaba, solo rogué que alguno de ellos atinara con el procedimiento tantas veces conversado, tomara mi mochila, sacara la bebida con azúcar y me la diera rápido. Los segundos pasaban y la sola posibilidad de perder por completo el conocimiento me angustiaba. Además, no quería preocupar demasiado a mi abuela.

—¡Azúcar, drápido! —escuché que al fin gritaba Yan Zi.

Seguro que estarían corriendo para abrir mi mochila, pensé.

—Perfecto. ¡Voy! —respondió Agustín.

Podía escucharlos, pero que no tenía fuerzas ni siquiera para abrir los ojos ni modular palabra alguna. En realidad, a esas alturas, no era capaz de nada. El tema es que ellos no tenían cómo saberlo. Seguramente me creían inconsciente. A los pocos segundos mi abuela se arrodilló en el suelo, a mi lado, tomó mi cabeza y la levantó un poco para poder darme la bebida. Mi angustia comenzaba a disminuir, al sentir que todos sabían qué hacer. Lo conversamos tantas veces, y hoy parecían paramédicos. Yan Zi —ubicada al otro lado de mi abuela— presionó con sus manos mi mandíbula para abrir mi boca; y como si se tratara de lo más normal, Agustín fue vertiendo la bebida, poco a poco, hasta terminarla. En pocos segundos comencé a volver, a sentir que en mi mente las cosas estaban más claras. Al fin pude abrir los ojos y ahí los vi a todos, con la angustia estampada en sus rostros. Me dio tanta pena el susto que les estaba provocando, que intenté

recuperarme más rápido de lo normal, para terminar con este mal rato de una vez y así poder retomar nuestra aventura. Me sentía tan triste y culpable por arruinarles el día. Además, lo menos que quería era preocuparlos, sabía que mi error al no tomarme el desayuno esa mañana me había traído estas consecuencias, que ahora tanto lamentaba.

Cinco minutos después me sentía recuperada. A los diez, ya quería seguir caminando para encontrar el mejor lugar para instalar el telescopio y esperar que cayera la tarde jugando carioca loca para poder ver al fin la nebulosa de Orión. Sin embargo, mi abuela propuso volver a la casa, prometiendo que nos traería nuevamente el próximo fin de semana, sin falta.

Yo no podía creer lo que estaba pasando. Pensé en Agustín y en su sueño de llegar a la cota mil para ver la nebulosa de Orión, ahora arruinado; en mi abuela, que manejó todos esos kilómetros, se hizo cargo de nosotros, conversó con la madre del niño genio y con los padres de mi mejor amiga para que le dieran permiso de venir con nosotras; en Yan Zi, que venía tan contenta y ansiosa, imaginando diferentes colores y formas en el cielo; y me sentí tan triste. Lo que tanto tiempo habíamos soñado, aquello que teníamos en la palma de la mano, de pronto se esfumaba frente a nuestros ojos, y por mi culpa. Habría pagado el resto de mis mesadas por ser abducida en ese mismo instante por extraterrestres. ¿No dicen que hay ovnis en este tipo de lugares? Pues bien, ¿dónde estaba el mío que no aparecía en ese mismo momento para raptarme?

Finalmente, la abuela concluyó su decisión, y anunció que nos devolvíamos a la casa en ese momento, y posponíamos nuestra aventura para el próximo fin de semana, si todos los padres estaban de acuerdo. Agustín la apoyó, aun cuando pude notar ese brillo de sus ojos

absolutamente nublado por la desilusión y la frustración; Yan Zi hizo lo mismo, tomándose la mano en señal de paz. Y yo, yo no estuve de acuerdo.

—Pero si ya me siento mejor, como si nada me hubiera pasado. ¡Sigamos! —dije con toda la convicción que podía desplegar en ese triste momento.

—Lo sé, querida. Pero no nos vamos a arriesgar a que te pase algo más grave. Es demasiada responsabilidad para mí, y si algo te pasa no hay ningún hospital cerca —respondió mi abuela, a pesar de mis ojos suplicantes.

—Pero, abuela, créeme, no es la primera vez que me pasa, y después me siento como si nada.

—Lo sé, mijita. Pero la decisión está tomada. Volvemos a la ciudad ahora.

—Pe... pero... abue... —y me puse a llorar desconsoladamente, con una amargura que se instaló rápidamente en mi garganta. ¿Por qué tenían que ser así las cosas? ¿Por qué lo echaba todo a perder?

—Cariño, ven. No te pongas triste. Nadie dijo que esta aventura terminó. ¿Me oíste decir algo así? —me consoló, abrazándome. Pude oler intensamente su perfume de toda la vida, en ese abrazo.

—Pe... pero es que logramos llegar hasta acá, y yo... y mi maldita diabetes...

—Scht... no digas eso. En la vida cada momento nos deja una enseñanza. Ya encontrarás cuál nos dejó esta. Y ahora, suénese esa nariz, séquese las lágrimas, porque la aventura continúa.

¿Alguien quiere una hamburguesa con todo? —gritó, mientras sacaba un paquete de pañuelos desechables de su cartera y me los extendía.

Una vida sin azúcar no tenía la menor importancia al lado de este tremendo regalo. Y me sentí feliz y agradecida por eso.

—¡Yo! —gritaron todos con un dudoso entusiasmo. Yo solo asentí, con la pena pegada en mi garganta.

Mi abuela Iris es la mejor del mundo.

Al final, nos devolvimos al auto, cabizbajos. Bajo las órdenes del niño genio hicimos nuestro picnic debajo de un sauce que encontramos en el camino, momento que la abuela aprovechó para contarnos un par de chascarros de juventud. Me sabía el del vestido vaporoso y blanco que se le enganchó en su fiesta de graduación y que la dejó en calzones delante de todos, y especialmente de su novio, o sea, de mi tata. Pero me sorprendió enterarme de que una vez se hizo pipí en el cine, cuando estaba embarazada de mi mamá. Pobrecita, contó que la comedia era tan chistosa que no pudo controlar su risa ni su esfínter, y que dejó una poza en el asiento y en el piso. Y como en esa época las butacas eran de madera y cuero, no se absorbió el líquido y quedó ahí. Largó una gran risotada, imaginando la cara del pobre que tuvo que sentarse en la siguiente función o del tipo al que le tocó limpiar, creyendo que era bebida.

Terminamos la tarde comiendo hamburguesas en un local famoso de comida rápida ya en Santiago, escuchando la interminable lista de chascarros que aún le quedaban a la abuela Iris por contar, riendo de buena gana, untando papas fritas con mostaza y brindando por nuestra Hermandad de la nebulosa de Orión.

Antes de que la abuela Iris pidiera la cuenta, alzamos nuestros vasos y prometimos que volveríamos al Cajón del Maipo, a nuestra cota mil, el fin de semana siguiente.

Por un instante miré la escena desde afuera, y me sentí privilegiada de tener los mejores amigos del mundo y a mi abuela Iris maravillosa.

XXIV

Esa noche, mi abuela y mis papás se quedaron conversando largo rato después de la comida. Desde mi cama podía sentir sus murmullos, sin lograr decodificar una sola frase. Cansada como estaba, tampoco tenía ganas de hacer un gran esfuerzo por escucharlos. Solo quería estar en mi cama. De pronto, recordé *La verdadera historia de Lucy Laurent*, de Albert Misellas, la novela que leímos con Yan Zi en El Quisco durante las vacaciones de verano. Me levanté, tomé el libro de la biblioteca donde tengo mis libros favoritos, que está justo debajo de la repisa que tiene las figuritas que me ha regalado tío Zu Shou, y me fui a la cama para releerlo.

En el capítulo 8, Sarah, la protagonista, se columpia lentamente en el patio de su casa. Es de noche. Recuerda los mejores momentos vividos con Lucy, su amiga de toda la vida, ahora desaparecida. Y siente profundamente que no logrará seguir sin ella:

“A veces la vida se encarga de mostrarte que esa seguridad que dabas por sentada no era más que una ilusión. Hoy, después de perder a Lucy, comprendo que no hay más seguridad que la de nuestra propia existencia.

Lo demás es ficción”.

Entonces, como en el acto de magia de un gran mago, descubrí que el pañuelo blanco se convertía en paloma y entendí que mi vida era mucho mejor de lo que creía. Que tenía que conversar con mis papás sobre esta pena que cargo por tantos años, por su ausencia, sin desconocer todo el esfuerzo y dedicación que ponen en mantener nuestra casa, mi salud y mi educación. Sarah había perdido a su mejor amiga, y al menos en esa novela, no volvería a saber de ella nunca más. Yo tenía a mis papás sentados en el comedor, junto a mi abuela maravillosa, seguramente hablando de mí y de lo que había ocurrido en el paseo al Cajón del Maipo. Era el momento. No podía perder más tiempo.

Cerré el libro en la página 78, me bajé de la cama y salí del dormitorio. Al entrar al comedor, los tres me miraron. No esperaban mi presencia.

Después de sonreírles me senté con ellos. Tenía que decirles lo mucho que me hacían falta, hablarles de mis ganas de pasar más tiempo con ellos en la semana y contarles lo triste que me sentía especialmente ese día, tras la primera y frustrada aventura en el Cajón del Maipo. No puedo negar que, en mi esfuerzo, me inundaba en lágrimas, pero igual lo intentaba.

—Pero, hija, nosotros vivimos, trabajamos y respiramos por y para ti —dijo mi papá tomando la palabra.

—Eres nuestra primera preocupación, cariño —agregó mi mamá.

No sabía qué decir. Cómo explicarles que necesitaba más sin sonar mal.

—Chicos, lo que Ema quiere decirles es que necesita más afecto, y ese afecto se demuestra con la dedicación y el tiempo que destinamos a estar con quienes amamos. ¿Se entiende? —explicó mi abuela maravillosa.

–Pero... –insistió mi papá.

–Es que el negocio... –agregó mi mamá.

Pero no alcanzó a continuar. Mi abuela la interrumpió.

–¿Acaso no escuchan lo que el corazón de su hija les está diciendo? ¡Los necesita! –agregó mi abuela, algo perturbada y levantando la voz.

Angustiado, no fui capaz de seguir ahí y salí corriendo hacia mi pieza. Algo no estaba funcionando. No podía expresarme bien. A los cinco minutos mis papás golpearon la puerta y entraron. Mi papá se sentó a los pies de mi cama, con esa expresión que pocas veces le he visto en su rostro, y mi mamá se quedó de pie junto a él.

–Parece que no lo hemos hecho bien –comentó mi papá, evidentemente entristecido.

Yo no podía hablar.

–Amor, estaba segura de que todo andaba bien. De que te sentías feliz con tu vida, con nosotros, Yan Zi, el colegio, tu nuevo amiguito... No... o sea, nunca... –dijo mi mamá, y comenzó a llorar.

Mi papá se levantó y la rodeó con sus brazos.

–Hija, lo vamos a solucionar. Solo dínos cómo. Nadie nos enseñó a ser padres. Nadie... bueno, creíamos que lo estábamos haciendo bien... pero está claro que no –continuó mi papá.

–Amor, dime qué quieres y vamos a... –trató de seguir mi mamá.

–Tiempo –respondí.

–¿Cómo tiempo? –preguntaron juntos.

–Sí. Tiempo –agregué.

Todos enmudecimos. Mi madre se quedó mirándome con los ojos empañados unos segundos, luego se lanzó a mis brazos y entre sollozos me dijo que me amaba, que yo era su vida y que sin mí se moría. Así estuvimos, abrazadas las dos, y luego los tres, un buen rato. Hasta que sentimos que la puerta de la casa se cerraba. La abuela Iris se había convertido en mi arcoíris personal, había cumplido su misión y podía irse tranquila a su casa. Seguramente, manejaría escuchando el CD de Elvis que dejamos en su auto.



Activar Windows

Ir a Configuración de PC para activar Windows.

XXV

VIVA LA INDEPENDENCIA!!

Ema Bravo 

Hola, amigos de Americanoscondiabetes. Quiero darles las gracias por animarme a conseguir mi independencia. ¡Ahora no necesito la ayuda de nadie para medirme e inyectarme! Ha sido difícil este camino, pero no imposible. ¡Se puede! Gracias, amigos, por su apoyo. ¡Lo logré!

 Giselle Sánchez

¡A poco! ¡Qué chido, Ema! La neta, las naranjas no fallan. Te felicito, ahora ya eres independiente. Disfrútalo. ¡Ahí nos vidrios, hasta la próxima!

Carlos Roberto 

¡Kiúbole, Ema! ¡Barájala más despacio! ¿Cómo lo hiciste? De seguro no te costó nada. Felicitaciones, disfruta tu independencia y dale viaje!!!! Recibe un saludo de este catracho.

 Luis Alberto Vega

Chévere, Ema. Se ve que eres una chama a todo dar. No sé cómo es en Chile, pero acá en Venezuela los doctores recomiendan el consumo de frutas con fibra, como manzanas, peras, naranjas, arándanos y granadas, para que endulces la vida. ¡Nada de mangos ni mamey!

XXVI

El sábado siguiente volvimos al Cajón del Maipo. La abuela Iris se hizo cargo de todo, incluso del picnic. Y Alfonso –el papá de Agustín– nos sorprendió esa mañana con un tremendo paquete de regalo, que nuestro amigo solo quiso abrir frente a nosotras. ¡Era su propio telescopio portátil! ¡Bravo! Lo bautizó como Elvis y brindamos por él. Subimos al auto de mi abuela, sonrientes y ansiosos. Este era el mejor día del mundo para los tres. Y en especial para el genio de casi once, que después de tanto tiempo, pudo ver a sus padres saludarse y conversar. Alicia ya no se veía frágil ni disminuida. Todo lo contrario. Estaba más linda y feliz que nunca en todo este tiempo.

Por supuesto, esta vez Yan Zi y yo usamos nuestros zapatos de gamuza azul como cábala. Nada podría impedir que cumpliéramos con nuestra misión.

*Blue, blue,
blue suede shoes, yeah!
Well it's blue,*

*blue suede shoes,
blue, blue, blue suede shoes...*

¿Que si vimos la nebulosa de Orión? Por cierto que sí. Y a Yan Zi caer un par de veces de bruces al suelo también, más una serie de chascarros y anécdotas inolvidables para todos. Pero eso... es otra historia.



Activar Windows

Ir a Configuración de PC para activar Windows.

Agradecimientos

Mis agradecimientos especiales para Carolina Miranda Rey y Huang Yie Chuang, por presentarme sus mundos, su intimidad y sus historias. A mis hijos por la paciencia, y a mis padres, por todo.